

VÍCTOR M. LONDOÑO Y LA ACTITUD DE LA CRÍTICA
UNA CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA CRÍTICA LITERARIA EN COLOMBIA

JOSE DARÍO CASTELLANOS MELÉNDEZ

TRABAJO DE GRADO
Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2015

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Joaquín Emilio Sánchez García, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Óscar Torres Duque

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Antes que este trabajo de grado,
para dedicar están todos los años
que tuvieron que pasar como
requisito del presente:

A mis amigos, esa legión de ángeles clandestinos

A mi familia, con la simplicidad y la verdad del amor

A mis abuelos, de quienes heredé la labor de nombrar el mundo.

Tabla de contenidos

La Introducción	6
La vida	9
La conjetura.....	9
La ciudad.....	9
Los primeros años.....	11
Las revistas.....	15
La diplomacia.....	19
El fusil al hombro.....	22
Los últimos días.....	24
La tolerancia	26
La revista <i>Trofeos</i> (1906 – 1908).....	26
La hospitalidad.....	28
La hermandad.....	31
El modernismo	38
Lo particular.....	38
La muerte del simbolismo.....	40
El cultivo del yo.....	46
La patria	51
<i>El Nuevo Tiempo Literario</i> (1912 – 1913).....	51
La cuestión nacional.....	53
La naturaleza.....	56
El problema patriótico.....	60
Consideraciones finales y conclusiones	66
La Guerra de los Mil Días.....	66
La actitud.....	69
El conflicto colombo-peruano de 1932.....	70
El intelectual.....	72
Bibliografía	74

La introducción

En casa siempre ha habido libros. A veces se apilaban en montones en el escritorio, otras, sucumbían ante el afán de orden de alguno de nosotros y terminaban en lo alto de los anaqueles, quizá también apilados, pero “en donde debían estar”. Por alguna razón que los psicoanalistas (y los poscolonialistas) podrán explicar, era común que, cuando me quedaba de pie frente a la biblioteca e intentaba entender la ley extraña que la ordenaba terminara fijando mi mirada en los ejemplares más viejos, esos que generalmente no tenían lomo (lo que aumentaba mi curiosidad) y que se encontraban tan arriba que, para alcanzarlos, cualquiera habría necesitado por lo menos una pequeña escalera.

No nací en Bogotá y venir a estudiar a la Javeriana significó para mí una larga mudanza que se extendió por varios meses de viajes esporádicos de ida y vuelta a Santander. Todavía no tenía una biblioteca personal que superara el par de volúmenes, así que en los primeros semestres del pregrado mis nuevas estanterías en la capital estarían llenas con libros que pedí prestados (sin pedirlos) de las de mi casa en Bucaramanga. Allá empaqué, casi que por inercia, uno que otro de los libros viejos que siempre miré con fascinación pero que nunca había leído, entre los cuales se encontraba la *Obra literaria* de Víctor M. Londoño. Sólo años después, ya inmerso en la maraña de la historia literaria colombiana comprendí que el azar se las trae, y que la ciencia tiene tanto de casual como el encuentro de una moneda sobre el pavimento.

Cuando, después de haber escuchado de Sanín Cano en alguna clase, descubrí que en ese libro (que nada intencionalmente habría hecho viajar cientos de kilómetros de vuelta a su lugar de origen) había un retrato suyo, la curiosidad no se alejó de mí por un buen tiempo. Así, fui descubriendo poco a poco, entre sus páginas, a Maximiliano Grillo, a Julio Flórez, a Cornelio Hispano, y cada vez reconocía más nombres, más lugares, más momentos. Pero Víctor M. Londoño seguía siendo un desconocido.

El mismo libro fue trayéndome las respuestas, pero la impresión de que todo fuera una ficción inventada por Ismael López, su editor, me llevó al trabajo de archivo y, así, a leer el nombre de Londoño en la *Revista Gris*, en *El Nuevo Tiempo Literario*, en *Trofeos*, en *Cromos*.

Con trazo lento, la figura de Londoño se fue haciendo cada vez más clara y, a la vez, las preguntas que lo rodeaban se tornaron más grandes, más difíciles de responder, más importantes dentro de mis estudios literarios personales, hasta que tomé la decisión de dedicarle una monografía entera tanto a su vida como a su obra, después de comprobar que, de un tiempo para acá, ambas habían caído en el olvido por parte de los interesados en la literatura colombiana.

Es hora de confesar que su faceta de poeta nunca me llamó mucho la atención, pero sí lo hicieron sus escritos en prosa: sus ensayos, sus reseñas, sus comentarios, sus notas. Vi en Londoño un crítico a quien emular, afán importante en mi formación como estudioso de la literatura. Encontré en sus textos una postura necesaria para lo que me interesaba: la literatura colombiana, y después tomé conciencia de la importancia que tenía también dentro del panorama histórico de la misma, más allá de mis aspiraciones personales.

Todo comenzó con una ponencia en la cual resalté la actitud de Londoño frente a la literatura, actitud que el corpus seleccionado por Cornelio Hispano para la *Obra literaria* (Hispano, amiguísimo de Londoño, fue su editor) dejaba entrever. Me emocioné con su énfasis en el concepto de “tolerancia” y con sus traducciones de Edgar Lee Masters, con su rechazo tajante de toda confrontación que se saliera de las casillas de la racionalidad y la cordialidad, con sus ideales ilustrados de debate sano y constructivo.

La presente monografía traza el mismo camino que recorrí mientras intentaba adentrarme a la figura de Londoño en su difícil relación obra-vida. El primer capítulo resume mi primer acercamiento: su biografía. Recoge datos sueltos en una narración cronológica que intenta ordenar una existencia poco documentada: da un lugar a sus importantísimos amigos y contertulios, describe sus trabajos y resalta sus entradas y salidas del mundillo intelectual de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

El segundo capítulo es entusiasta, como mi primer acercamiento a su obra crítica. Se centra en el análisis del concepto de “tolerancia”, clave dentro de su producción crítica en *Trofeos*, revista que fundó junto con Hispano, y a la cual le entregó casi dos años de su vida. El tercer capítulo

intenta explicar la manera en la que Londoño se relaciona con el panorama literario de su momento, problematizando los puentes que existen entre su propuesta y las del Modernismo colombiano, tan específico.

El cuarto capítulo es el punto de quiebre: intenta explicar cómo, cuando ese corpus que presentó Hispano como uno se separa en dos partes bien delimitadas (*Trofeos* por un lado y *El Nuevo Tiempo Literario* por otro), las particularidades de cada uno de esos nuevos objetos de estudio revelan diferencias difíciles de reconciliar.

Por último, las consideraciones finales intentan abrir nuevos caminos de interpretación que ayudarían a complementar las hipótesis planteadas en la monografía, haciendo énfasis en tres cuestiones que terminan siendo una misma: la relación entre el escritor y la sociedad en la que vive, con la Guerra de los Mil Días y el Conflicto Colombo-peruano de 1932 como momentos clave.

El lector encontrará en Víctor M. Londoño un caso que revela la importancia del estudio localizado dentro de la historia de la literatura, y más específicamente dentro de la historia de la crítica literaria en nuestro país. Más allá de poder definirlo como abanderado o prócer del modernismo literario, de llamarlo “maestro” como hacen muchos o de recordar que sus primeros versos son una muestra inolvidable del “movimiento” parnasiano en Colombia, Londoño exige que se le estudie de manera atenta, intentando entenderlo primero en su individualidad para luego sí poder llevarlo a dialogar con las coyunturas en las que se vio inmerso. El caso Londoño demuestra la necesidad de dejar a un lado las generalizaciones y los lugares comunes para adentrarse, herramientas en mano, en los matorrales de la historia literaria colombiana.

La vida

La conjetura

Después de un viaje (a lomo de bestia, muy seguramente) de cuatro o cinco horas desde Vianí (Cundinamarca), Víctor M. Londoño llegó a Bogotá entre diciembre de 1893 y enero de 1894¹, probablemente como empleado del “señor Krohne”, quien fuera propietario de la hacienda de tabaco El Santuario, en Ambalema (Tolima), municipio vecino de su natal Vianí.

Una lectura rápida del párrafo anterior podría pasar por alto que está plagado de conjeturas. Las primeras (la duración del viaje y el medio de transporte) carecen de importancia real para este trabajo. La negación contundente o la afirmación irremediable de las que les siguen tampoco llevarían a una nueva interpretación de los escritos críticos del autor. Sin embargo, sirven como ejemplo claro de la naturaleza resbaladiza del objeto de estudio de esta monografía: tanto la vida como la obra de Víctor M. Londoño son un campo brumoso.

En esta sección se realizará una breve exposición de los datos biográficos correspondientes a Londoño obtenidos durante la investigación, así como una breve contextualización de la Bogotá de finales del siglo XIX y comienzos del XX, lugar desde el cual Londoño realizó su labor.

La ciudad

Bogotá era una ciudad con un desarrollo industrial y urbanístico de muchas intenciones pero pocos resultados. Sin embargo, los años de entre siglos significaron cambios sustanciales en el municipio.

La industria cervecera (encabezada por el famosísimo Leo Kopp) ayudó a consolidar la creación de barrios obreros (La Perseverancia), lo cual, junto al establecimiento de la clase media en las

¹ Todos los datos biográficos usados en esta sección han sido obtenidos de “Recuerdos de Víctor Londoño”, escrito por Ismael López (Cornelio Hispano) y publicado en la *Obra literaria. Verso y prosa* de Víctor Londoño (1937), referenciada en la bibliografía, y que se citará únicamente con el número de página correspondiente a esta edición. En los casos necesarios, sin embargo, se indicará si la procedencia es distinta con la cita correspondiente. Aquella información sin cita proviene de la recolección de datos producto del trabajo en archivo.

periferias (Chapinero), reorganizaría la ciudad, alejándola cada vez más de su orden colonial tan arraigado aún, en el cual la diferenciación social en términos urbanos, espaciales, no era tan clara (Urrego², 1997, 106-10).

La misma industria cervecera sería un gran apoyo para otras como la del hielo, los enfriadores y el vidrio (necesarias todas para el envase y la conservación de la bebida alcohólica), industrias que, sin embargo, sufrieron la crisis económica que dejó la Guerra de los Mil Días³ (p. 72-73).

Por otro lado, la implementación de servicios públicos llevó igualmente a cambios significativos en la ciudad. La electricidad le daría alumbrado público y la sacaría de la penumbra a la que estaban acostumbrados los bogotanos, la haría una ciudad más alejada de la tranquilidad aldeana, más segura y con una vida pública nocturna más activa. Sin embargo, la implementación del alumbrado público no fue cosa de una noche, ni siquiera de un mes. Lo que antes era una pequeña red de velas de sebo pasó a serlo de lámparas de petróleo, las cuales, con el tiempo, cohabitaron con las de gas y, por último, con las bombillas eléctricas. La falta de recursos (a causa del mal pago tanto por parte de los industriales como del Estado), el vandalismo y el rechazo abierto por parte de los ciudadanos hacia el servicio llevaron a que el proceso de implementación de una red consolidada de bombillas fuera lento e inseguro (p. 100-05).

El alcantarillado y el servicio de agua ayudarían a marcar más profundamente los límites entre las clases sociales, haciendo de la oposición suciedad/limpieza (y, por analogía, higiene/enfermedad) una cuestión de poder adquisitivo. Ramón Jimeno y Antonio Martínez fundaron la Compañía de Acueducto de Bogotá y, en 1888, inauguraron el primer servicio de acueducto con tubería de hierro, luego de haber celebrado un contrato con la municipalidad que les otorgaba el monopolio del servicio público. Sin embargo, no necesitó mucho tiempo que la calidad del servicio decayera. Sucedió lo contrario con su mejora, pues la municipalización de la empresa (como medida correctiva) se hizo lentamente: se comenzó oficialmente en 1909 y se terminó en 1914. Como era de esperarse, al comienzo todo marchó de maravilla, pero luego llegaron los problemas y la población llegó a quejarse en un promedio de 136 veces al día por

² Los datos sobre la Bogotá de la época usados en esta sección del capítulo se extrajeron de *Sexualidad, familia y matrimonio en Bogotá. 1880 – 1930*, del investigador Miguel Ángel Urrego. El libro si bien no centra su atención específicamente en el tema urbano, resume muy bien el funcionamiento de la ciudad en esos años mediante el uso de fuentes primarias, lo que lo hace confiable y responsable.

³ Acontecida entre octubre de 1899 y noviembre de 1902

mal servicio en 1922, gracias a que el servicio prestado por la empresa no lograba abastecer un población que crecía por fuera de los cálculos realizados, haciendo de los ríos (de los cuales se obtenía el servicio y a los cuales llegaban las aguas negras del alcantarillado) pequeños riachuelos y focos de enfermedades (p. 86-95). Si a esto se le suma un defectuoso servicio de recolección de basuras, no obstante la nacionalización del servicio en 1888 y la subsiguiente penalización para las personas que arrojaran basura en la calle, el panorama higiénico de Bogotá queda un poco más completo (p. 96).

En 1881 se inauguró la primera línea telefónica de la ciudad, que comunicaba el Palacio Nacional con la oficina de correos. En 1884 se instaló la primera línea particular y en 1885 ya existían cuarenta y siete aparatos telefónicos en la capital. En 1892 se publicó y repartió el primer directorio telefónico (p. 97).

Por último, el servicio de transporte público y la llegada al país de los automóviles fueron fenómenos que cambiaron radicalmente la relación del bogotano con su ciudad. En 1882 The Bogotá City Railway celebró un contrato con la municipalidad que le otorgaba la prestación del servicio de tranvía en la ciudad, y en 1915 se llegaron a vender cinco millones y medio de pasajes. Esto significó la llegada del transporte masivo y una nueva manera de organizar el día, supeditada por los tiempos (poco regulares tanto en horario como en duración) del transporte público. Además, trajo consigo los problemas ya comunes: la congestión, el mal servicio, los accidentes, el mal estado de las vías y, por consiguiente, el rechazo y la crítica del servicio por parte del ciudadano (p. 78-86).

Los primeros años

Nacido el 4 de septiembre de 1870, en un municipio que todavía no había cumplido veinte años de fundación a manos de Fernando Emiliano Bonilla Millán, Víctor M. Londoño se trasladó a Bogotá a sus veintitrés años. Durante su juventud había trabajado recogiendo café y como empleado en la tienda de don Benito Navarro, un comerciante de Honda, a cuya esposa Londoño escribió una de sus primeras poesías, en 1892.

Posteriormente, trabajó como contabilista de la hacienda El Santuario, propiedad del “señor Krohne”, con quien viajó a la capital, como se mencionó anteriormente, para trabajar en una

oficina en el centro de la ciudad. Allí se quedaría hasta después de la muerte del señor Krohne, en 1899.

En julio de 1894, poco después de haber llegado a la capital, Londoño publicó por primera vez en su vida, en la ya famosa *Revista Gris*, dirigida en ese entonces por Max Grillo y Salomón Ponce Aguilera. Antes de esta publicación, el nombre de Londoño era completamente desconocido para el círculo letrado bogotano. Tanto así que, bajo su nombre, Max Grillo tuvo que hacer imprimir el adjetivo “colombiano” (citado por López en Londoño, 1937, p. 92).



Imagen 1. “Plenipotenciario en Caracas” (Londoño, 1937, primera página del libro, sin numerar).

López, al parecer, no conoció la obra de Londoño sino hasta 1898, cuando leyó un artículo de Roberto Suárez “consagrado a la memoria de José A. Silva” (Londoño, 1937, p. 101), publicado por el *Repertorio Colombiano* en marzo de aquel año, artículo en el cual Suárez reproduce una

elegía que escribió Londoño a la muerte del poeta de *Gotas amargas*. Según el mismo López, el poema no aparece entre los manuscritos de Londoño, y la transcripción de Suárez fue la primera publicación del mismo. ¿Cómo lo consiguió éste? No se sabe, pero el juicio que hace sobre Londoño deja bastante clara la imagen que el poeta ya había ganado entre los lectores y los escritores de las revistas literarias de la época:

Un poeta que está preocupando vivamente la atención de los amantes de la literatura. Se llama Víctor M. Londoño, y ha aparecido al público, desde el primer momento, como triunfador ejercitado, sin vacilaciones, ni primeras y apenas prometedoras muestras de su ingenio. Guardo con cariño esta hermosa elegía, inédita hasta hoy, como una prenda del dolor que despertó la muerte de Silva en sus admiradores, en la pléyade de jóvenes que veía en él al primero que, rompiendo la rutinera tradición, señalara una ruta diferente, la “forma nueva”, de la cual fue, sin duda, gallardo iniciador. (Citado por López en Londoño, 1937, p. 101)

Los comentarios acerca de esa “forma nueva” que se llamó Modernismo dentro de la historia literaria y cultural de América Latina serán presentados en otro momento, pues no es este el espacio para ellos. Sin embargo, como se dijo antes, es de resaltar que tan solo cuatro años después de su llegada, y con muy pocas publicaciones realizadas hasta el momento (López recoge trece poemas anteriores a marzo de 1898 en su edición⁴), Londoño ya tenía un lugar dentro de los letrados de la capital.

⁴ La obra poética publicada por López incluye, según él, “todo lo que, al morir, dejó el poeta, aun fragmentariamente, en manuscritos sueltos y en sus cuadernos de apuntamientos, desde su primera poesía” (4). Al parecer, a diferencia de los escritos en prosa, la poesía de Londoño está íntegramente publicada en ese volumen de 1937.

No se sabe qué hizo entre 1900 y 1901, pero se puede suponer que, luego de terminar los negocios del señor Krohne, pasó inmediatamente a trabajar como “representante de una casa extranjera en los altos del Almacén Richard, plaza de San Francisco” (p. 288), pues seguramente en 1901 lo conoció su más cercano amigo y contertulio Ismael López (Cornelio Hispano), quien da testimonio de que ése era su trabajo de entonces.



Imagen 2. “A orillas del Fucha. Carlos Villafañe, Víctor Londoño, F. Martínez Rivas y Cornelio Hispano en 1902”
(Londoño, 1937, entre las páginas 278 y 279)

No hay referencia explícita al año en que se conocieron, pero la fecha se puede calcular basados en que López, recordando el día en que conoció a Londoño, cuenta que “[t]reinta y cinco años después, el penúltimo domingo que paseamos juntos, al pasar delante del mismo parque, ya sin

eucalipto, le dije: ‘¿Recuerda, Víctor, que fue allí donde nos conocimos’”(p. 278). Si se tiene en cuenta que Londoño murió en junio de 1936 y que López estuvo con él hasta el último momento, aquél penúltimo domingo debió acaecer ese mismo año, lo cual sitúa su primer encuentro en 1901, treinta y cinco años antes. Además, la primera fotografía en la que aparecen juntos López y Londoño es del año 1902 (véase imagen entre las páginas 278 y 279), así como el primer poema que aquél dedica a éste (p. 279), por lo cual, para ese año, ya debió haber sucedido su presentación formal.

Años más tarde (de nuevo no me es posible dar una fecha exacta), Londoño pasó a trabajar, por segunda vez, para don Benito Navarro, el comerciante de Honda, quien en esta ocasión lo empleó en su almacén de ferretería del centro de Bogotá. Tiempo más tarde (probablemente no mucho antes de 1910, pues esto habría significado un tiempo muy largo de desempleo para Londoño, situación que López habría reseñado) el negocio del don Benito Navarro vino a menos, a tal punto que las “existencias muy reducidas se trasladaron a una tienda en la calle 11” (p. 289). El señor Navarro había muerto en 1907 (p. 285). La relación entre este acontecimiento y el decaimiento de su almacén de ferretería no se hace explícita en ningún lugar.

Las revistas

Tiempo antes, en 1904, comenzó su actividad en revistas literarias, cuando entró a formar parte de la Sociedad Revista Contemporánea, registrada mediante escritura pública el veinte de julio de ese año. En el acta aparece como accionista, con el cargo de “suplente” y con profesión de “comerciante” (Cataño, 2006, p. 15). Gonzalo Cataño, quien realiza la introducción a la edición facsimilar de la revista que editó la Universidad Externado de Colombia en 2006, aclara que, tal como aparece en la contraportada del primer número de la revista, el cargo de “suplente” hace referencia a la dirección (p. 15). Los directores principales de la revista fueron Baldomero Sanín Cano, como redactor en jefe, Max (Maximiliano) Grillo como gerente y Laureano García Ortiz como consejero. Los suplentes eran Antonio Gómez Restrepo, Víctor M. Londoño y Julio C. Rodríguez. Al primero lo remplazaría Eduardo Posada en agosto de 1905. En un acta de la Sociedad del seis de agosto de 1905 se dejó constancia de la votación que se llevó a cabo en una reunión de accionistas para elegir los “dignatarios” del segundo periodo (el primero acabaría con el número doce, en septiembre de ese año), y en tal acta se hace explícito que Londoño era

suplente del gerente, en este caso, de Max Grillo. Ya que en esa misma votación se declaró a Eduardo Posada y a Julio C. Rodríguez como suplentes del redactor en jefe y el consejero, respectivamente, se concluye que los cargos no se alteraron, y el de Londoño siempre fue el mismo: suplente del gerente (p. 736).



Imagen 3. “Víctor M. Londoño, de pie, al centro, acompañado de Clímaco Soto Borda, Rafael Espinosa G., Gustavo Gaitán. R. Hinestrosa Daza; sentados: Julio Flórez, J. M. Pérez Sarmiento, Maximiliano Grillo y Enrique Olaya Herrera” (Londoño, 1937, entre las páginas 6 y 7)

Esta conjetura cobra sentido si se recuerda que Londoño había trabajado y trabajaba en ese entonces como administrador y, como lo dice la escritura pública antes citada, comerciante. No es, entonces, nada extraño que su cargo durante toda la vida de la revista haya sido el de suplente del gerente. Su participación en la revista fue, entonces (y sin necesariamente hacer de la

gerencia un cargo que necesariamente lo alejase de la escritura), poco notoria, pues publicó apenas cuatro poemas, dos reseñas y un escrito de corte ensayístico.

En 1905, el entonces gobernador del Cauca (Antiguo Cauca para la fecha) Guillermo Valencia pide a Ismael López (oriundo de Buga) que presente a Rafael Pombo una rama de laurel en su coronación como poeta nacional, a nombre de su departamento. A los pies de Pombo acuden López y Londoño, quien accedió a acompañar a su amigo.

En 1906, mientras trabajaba para el señor Navarro, fundó la revista *Trofeos* junto a Ismael López. La idea surgió mientras éste corregía las pruebas para impresión de su traducción de *El Centauro*, de Maurice de Guérin, edición que Londoño animó. La idea, que nació en las instalaciones de la tipografía de Samper Matiz (la misma que imprimiría todos los números de



Imagen 4. "Colaboradores y contertulios de *Trofeos*. De izquierda a derecha: Máximo Lorenzana, Ricardo Santamaría, Víctor Londoño, Simón Chau, Coronel F. J. Díaz, Valentín Ossa, Abel Marín, Arias Correa, Francisco Paillió, Francisco Valencia, Maximiliano Grillo, Juan roa, Diego Uribe, R. Abello Salcedo, Emilio Cuervo Márquez, Miguel Triana, Cornelio Hispano, Manuel Casís, Salvador Iglesias y Luis Samper Sordo"
(Londoño, 1937, entre las páginas 282 y 283)

Trofeos, incluso después de su transformación en la *Imprenta Eléctrica*, cuando Enrique y Roberto Gamboa se pusieran al frente, en febrero de 1907), desembocó en el primer número de la revista algunos meses después, en septiembre. La revista vivió por un año y siete meses, hasta abril de 1908, y se publicaron quince números.

En este caso, la participación de Londoño sí fue considerable: firmó trece artículos (entre notas, comentarios, reseñas y textos de corte ensayístico), bajo su nombre aparecen once más en el índice publicado en el número doce, y López le atribuye la “Nota editorial” del primer número (p. 283). Además, traduce tres poemas de Paul Fort, uno de José María de Heredia y uno de Paul Sonies. Por otra parte, es altamente probable tanto que haya realizado (o colaborado en) las múltiples traducciones de fragmentos de libros o artículos de revistas y periódicos extranjeros, que aparecen sin firmar (o firmadas por *Trofeos*), así como que haya escrito una que otra nota o pequeña reseña en las mismas condiciones (se identificaron quince traducciones y cinco textos cortos sin autor). Un análisis detallado de sus textos publicados en *Trofeos* se hará en un capítulo posterior.

Antes de reanudar su trabajo junto a don Benito Navarro, ya Londoño había pedido a López que intercediera por él para conseguir un trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en donde éste trabajaba como Jefe de la Sección de Archivos Diplomáticos. La intermediación de López no dio frutos sino hasta julio de 1910, cuando Carlos Calderón, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, nombró a Londoño Secretario de la Legación de Colombia en Quito. Meses después (¿cuándo exactamente?), Londoño parte de Bogotá para la capital ecuatoriana, haciendo escalas en Panamá y Guayaquil.

A Bogotá volvería dos años después, en julio de 1912. En octubre pasó a ser redactor en *El Nuevo Tiempo Literario*, que dirigía Ismael Enrique Arciniegas (sucesor de Carlos Arturo Torres, quien fundara la revista en 1903). No me ha sido posible establecer si éste fue su único empleo durante el año que permaneció en Colombia entre 1912 y 1913, cuando viajó a Caracas y fue sucedido por Diego Uribe en la redacción del suplemento.

Su participación en esta revista venía de tiempo atrás, con colaboraciones principalmente en verso, traducciones y una que otra prosa (su gran polémica con Saturnino Restrepo alrededor del historiador austro-húngaro Theodor Gomperz, comenzó en esas páginas, en 1906, después de la

traducción que *Trofeos* publicó de unos fragmentos de Gomperz, textos que suscitaron la crítica de Restrepo en las páginas de *Alpha*, desde Medellín). El análisis detallado de su participación como redactor del suplemento será expuesto en un capítulo posterior.

La diplomacia

Al siguiente año fue nombrado Secretario de la Legación de Colombia en Caracas, y partió para Venezuela a mediados de 1913. Al parecer, luego empezó a desempeñarse como Encargado de Negocios (por mediación de Francisco J. Urrutia, ministro de relaciones exteriores del momento) y en octubre de 1916 llegó al cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario (a manos del mismísimo Marco Fidel Suárez, en ese entonces jefe del Partido Conservador y presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores).

En Venezuela permaneció siete años, al final de los cuales viajó por unos meses a Nueva York. Probablemente en este viaje conoce la poesía de Edgar Lee Masters⁵, de quien tradujo algunos poemas pertenecientes al *Spoon River Anthology*, traducciones que no han sido encontradas aún en su publicación original pero que Ismael López extrae de un artículo llamado “Poetas de NorteAmérica” (altamente deteriorado, al parecer, por lo cual sólo publica las traducciones de Lee Masters), que él mismo ubica en *Patria* (¿cuál de todas las publicaciones homónimas?) sin anotar lugar o fecha.

En 1920 volvió a Bogotá, sin un peso (pero con una victrola que compró en Estados Unidos) y decidió vender sus libros para conseguir dinero. López cuenta cómo un día, en la Plaza de Bolívar, un joven intentó venderle una “biblioteca Espasa” que pertenecía a Londoño. Según cuenta Hispano, aquél era tan dadivoso con su dinero que no era extraño verlo en aprietos económicos: solía ayudar a cuanta persona lo necesitaba y no tenía una cuenta bancaria para poder ir siempre el dinero a la mano, en caso de necesitar socorrer a alguien. Si bien es difícil comprobar esto último, sus dificultades financieras sí son una constante que López testimonia con fragmentos de cartas. Sólo en 1921 volvería a trabajar, esta vez como contabilista del Banco de

⁵ Nacido en 1868 en Kansas, Edgar Lee Masters escribió en 1915 la *Antología de Spoon River*, libro de poemas compuesto por epitafios de los habitantes de un pueblo ficticio en el sur de los Estados Unidos. Fue autor, además, de múltiples libros más de poemas, varias novelas, libros de ensayos, biografías y autobiografías (sí, más de una).

Colombia, puesto en el que sucedió a Daniel Pombo por intermediación de Carlos Krohne (¿familiar del famoso “señor Krohne” de Ambalema?).

En 1923, Londoño “enfermó gravemente de reumatismo articular” (p. 296). Atendido treinta y ocho veces por el doctor Jorge Bejarano (cuentas que seguramente pagó López) en octubre, “soportaba con un estoicismo que daba miedo los atroces dolores de aquella aguda enfermedad: ni una queja, ni una lágrima” (p. 297). Cuando hubo mejorado algo, López lo llevó al “Hotel Apulo” (posiblemente en el municipio homónimo, en Cundinamarca), para que descansara. Con

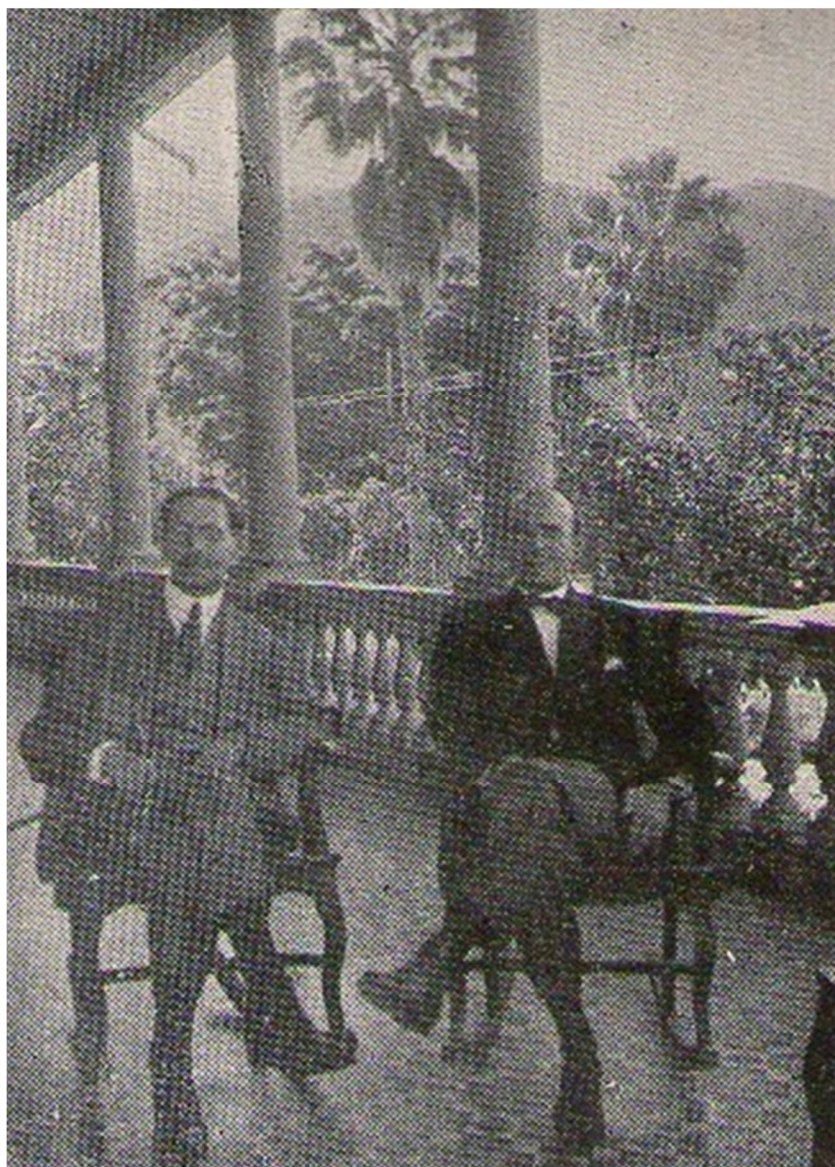


Imagen 5. “Víctor Londoño y Cornelio Hispano en el Hotel Apulo – 1923” (Londoño, 1937, entre las páginas 296 y 297).

afán de no abusar de la licencia que el Banco de Colombia le había otorgado, regresó al poco tiempo a la capital.

En noviembre de ese mismo año muere su madre, lo que lo deja a cargo de su tía Carmelita. Del padre de Londoño no se sabe nada, pues López no lo menciona en ningún momento. A esta altura de sus memorias, comenta que “de su familia, que era toda su familia, conocía a su madre, doña Ursulina, y a su tía y madrina doña Carmelita” (p. 297).

Para 1925 Londoño sigue trabajando en el Banco de Colombia, pero su salud no ha mejorado. López reseña como, después de haberlo encontrado una tarde caminando por la ciudad, bastante

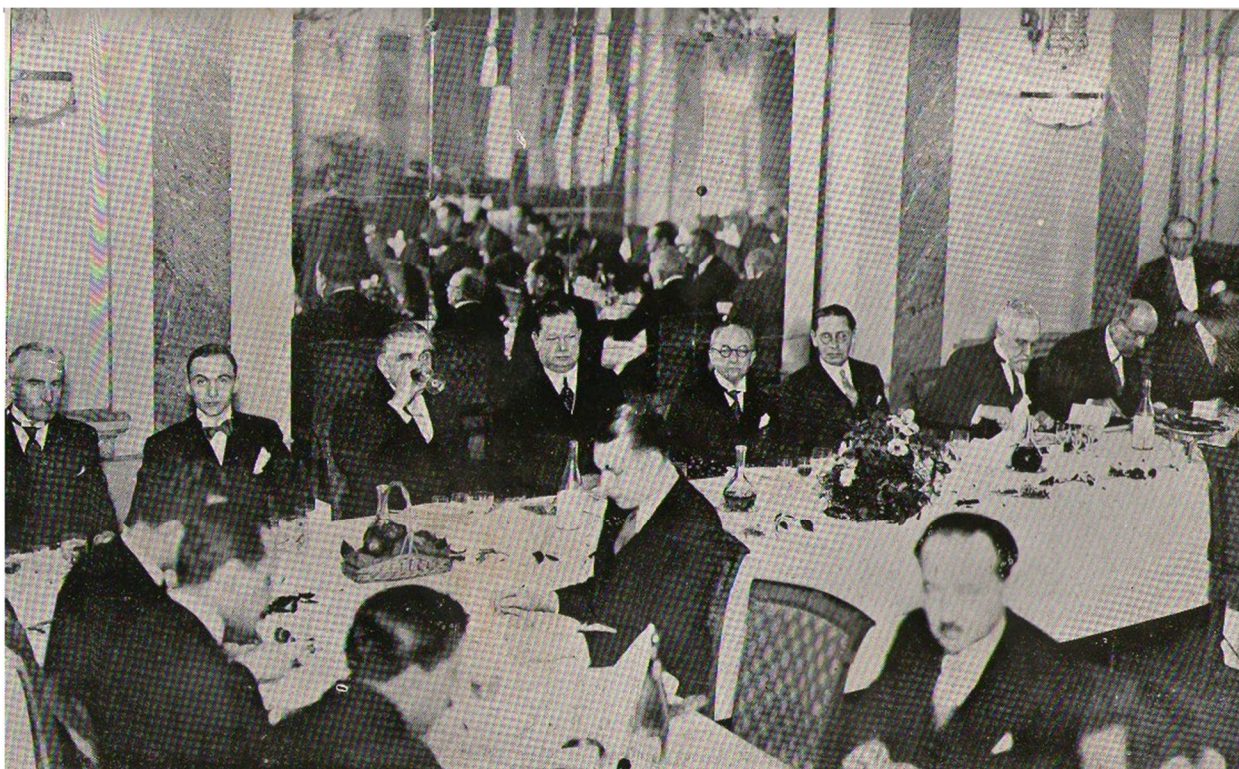


Imagen 6. “Comida literaria en París en honor de Londoño. Alfredo Vásquez Cobo, Ministro de Colombia. Víctor Londoño, en medio de Alberic Neton y Edouard Clavery, ex-Ministros de Francia en Bogotá – 1931” (Londoño, 1937, entre las páginas 304 y 305)

agobiado por la enfermedad, le extendió un cheque en blanco como gesto de una amistad “real y efectiva” (p. 301), cheque que Londoño –como era de esperarse- rechazó amablemente.

No se sabe a ciencia cierta cuándo terminó su labor como contabilista del Banco de Colombia, pero en 1927 (después de una larga insistencia por parte de López y de Carlos Uribe, entonces ministro de relaciones exteriores) Londoño acepta el cargo de secretario del ministerio. Al

parecer, “tenía predilección por las cuestiones internacionales pendientes del país, que conocía a fondo, y como pocos era versado en Derecho Internacional Público y Privado” (p. 302).

En 1930, Enrique Olaya Herrera toma posesión como presidente de la república. Su ministro de relaciones exteriores, Eduardo Santos, nombró a Londoño cónsul general en París, puesto que, según López, estuvo a punto de rechazar, “encariñado como estaba Víctor del Ministerio, y desgano de moverse de Bogotá” (p. 303). Sin embargo, López lo convence de aceptarlo y viaja hacia Francia en diciembre de ese año, días antes de la muerte de su madre, el veintinueve del mismo mes.

En París todo comenzó muy bien: conoció la ciudad “con mucho método y ayudado por lecturas adecuadas” (p. 304), su salud mejoró y todo le “parecía familiar” y le “hablaba de cosas antes vistas o soñadas” (*Ibíd.*), atendió a comidas literarias, a conferencias (escuchó a Daudet hablar sobre Víctor Hugo) y al teatro, y se encontró con Max Grillo y con Sanín Cano.

Sin embargo, con el tiempo llegaron los problemas (sí, económicos), esta vez porque su sueldo cada vez disminuía más y sus obligaciones aumentaban, problemas que, de todas formas, no lo movieron de París hasta finales de 1932.

El fusil al hombro

El primero de septiembre de ese año, un grupo de ciudadanos peruanos, encabezados por el alférez Juan de la Rosa y el ingeniero Óscar Ordóñez expulsaron a las autoridades colombianas de Leticia, municipio fundado no hacía mucho tiempo y establecido como colombiano mediante el tratado Salomón-Lozano de 1922 (Restrepo y Betancur, 2001, p. 68) (“está cautiva por unos malandrines la princesa Leticia” (p. 309), le escribió Londoño a López).

La noticia no tardó en llegar a oídos de Londoño, quien, cuando se enteró que el general Vásquez Cobo, ministro plenipotenciario de Colombia en Francia, partía para el Amazonas como “jefe de la expedición militar que libertaría a Leticia” (307), no dudó en ofrecerle sus servicios y fue contratado como “comisionario tesorero pagador de la expedición” (307). En la noche del 30 de noviembre sale de Le Havre, embarcado en el Mosquera, un barco de guerra recién adquirido por

el gobierno colombiano, por consejo del mismo general, expresamente para el conflicto que, al parecer, se avecinaba con el Perú.

Ya en continente americano, escribió a su amigo: “Estoy a bordo del ‘Mosquera’ desde el 30 de noviembre, y le aseguro que vivo como pez en el agua. Tarde he venido a conocer mi vocación de marino, de agua dulce, se entiende, pues en el mar pierdo los cinco sentidos. Estoy orgulloso de la fortaleza, el brío y el buen humor con que estos muchachos cumplen su deber de soldados” (p. 309).

La guerra con el Perú acabó y no tenemos noticia de que Londoño haya disparado una sola bala. López cita una entrevista que *El Tiempo* realizó al general Cortés Vargas, quien recuerda la labor de Londoño a bordo del Mosquera:

Igualmente, no escatimaré mis entusiastas elogios a la cooperación de intelectuales de tanta valía como el maestro Londoño, cuya figura terminará por ser una visión legendaria para todos los que lo observámos (*sic*), fusil al hombro, compartiendo todas las rudezas del clima, de los ejercicios, de las vigiliás, etc., aun cuando muchos le sugeríamos que no extremara su cooperación hasta estos extremos (*sic*). ‘Pero si yo he venido es a servir al país, nos contestaba’. (p. 311)

Para el siete de julio ya Londoño había presentado su renuncia, pues el conflicto había terminado meses antes, aunque la situación jurídica sobre los límites colombo-peruanos se extendería un año más. Después de varias semanas de buscar la manera de salir para Europa, el treinta de septiembre se embarca en el vapor Conte Biancamano hacia Barcelona desde Río de Janeiro. Un día después de llegar, sale hacia Marsella, el veinticuatro de octubre, para llegar finalmente a París el cuatro de noviembre.

Cuando llegó a París sus problemas económicos volvieron a surgir: el sueldo era cada vez menor y sus obligaciones financieras mayores. Gracias a la venta de su seguro de vida (situación que le hizo saber que no había nacido en 1874, como pensaba, sino cuatro años antes) y por mediación de López, pudo quedarse en París dos años más, hasta junio de 1935.

López resume la estadía de Londoño en Francia de la siguiente manera:

Cinco años estuvo ausente Londoño, cuatro en París y uno entre su partida para el Amazonas, el 30 de noviembre de 1932, y su regreso a Francia el 4 de noviembre de 1933. Durante esa larga

ausencia gozó de perfecta salud y su vida transcurrió apaciblemente. Frecuentaba la Comedia Francesa y los teatros de variedades; hacía excursiones diurnas y nocturnas por Montmartre y le gustaba confundirse con el pueblo pobre y harapiento: pasaba domingos en el campo en granjas de campesinos franceses, cuya amistad buscaba y cuyo cariño se granjeó con su prodigalidad habitual; obsequiaba munificentemente a los colombianos que llegaban a París de paseo o con cargos oficiales. Todos ellos conocieron, merced a Londoño, restaurantes de lujo, de nombres extravagantes y famosos, y tarifas inverosímiles. Hubo algunos que vivieron a su costa en París dos y tres meses, y estudiantes que, sin su ayuda, no habrían podido continuar sus estudios. (p. 317)

Los últimos días

El cuatro de junio de 1935, López dirigió una carta a Román Gómez, presidente de la ya conocida Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores, y a otros miembros de la Comisión, abogando para que a Londoño se le diera el puesto de secretario, que había quedado vacante tras la muerte, días antes, de Arturo Quijano.

Días más tarde, se le comunicó a López que su gestión había dado frutos y Londoño había sido nombrado secretario de la Comisión. Inmediatamente supo la noticia, López escribe una carta para Londoño, recomendada a Carlos Villafañe (quien residía en Cali), para que éste se la entregara apenas supiera de la llegada del poeta al país. Londoño no llegó a Buenaventura sino hasta el diecinueve de julio, un mes después de su nombramiento. Al parecer, Villafañe olvida entregarle la carta a Londoño, quien decide dar un paseo por Buga y los alrededores, esquivando coincidentalmente las comunicaciones que le enviaban de Bogotá.

En este momento hay una inconsistencia en el relato de López, pues, si bien había comentado que el 31 de julio Londoño llegó a la capital y él mismo lo recibió y lo instaló en el Hotel Claridge (p. 318), luego cuenta que el dos de agosto Londoño lo llama por teléfono desde el hotel, para contarle que acababa de recibir el nombramiento. ¿Si López lo recibió en la estación el 31 de julio, por qué no le contó la noticia que tanto tiempo intentó contarle? ¿Cómo sabía que iba a llegar ese día, si no pudo comunicarse claramente con él? Todo el incidente le costó el puesto, pues, a causa de su tardanza, Olaya Herrera (Ministro de Relaciones Exteriores) había nombrado, por su parte, a Eduardo Rueda como secretario de la Comisión. Lo que siguió fue un

conflicto legal que duró nueve meses, durante los cuales se discutió quién tenía la potestad para nombrar tal secretario, si el Ejecutivo (Olaya Herrera), o la misma Comisión.

La salud de Londoño empeoraba. No tengo información sobre sus actividades desde que llegó a Bogotá en 1935, pero es probable que haya vivido con López hasta que, el veintidós de diciembre, salieron de viaje hacia Útica, buscando un mejor clima para su condición. A causa de un derrumbe en la vía, debieron pasar esa noche en Villeta y el veintitrés pudieron llegar a su destino, en donde pasaron nochebuena. Al siguiente día, por miedo a que otro derrumbe los confinara en Útica, se devolvieron a Villeta, en donde Londoño pasaría cuatro meses de descanso y recuperación. Durante su estadía allí, López lo visita todos los sábados y se quedaba tres días en su compañía. Un día, a finales de febrero de 1936, Sanín Cano acompaña a López en su visita a Londoño, pero decide alargar su estadía durante una semana, al final de la cual le comenta a aquél: “Es un hombre perfecto” (p. 330).

El veinticuatro de abril de 1936, después de solucionado el conflicto legal alrededor del nombramiento del secretario de la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores, el trabajo se le otorga a Londoño. El veintinueve de abril regresa a Bogotá y el primero de mayo toma posesión de su último cargo como diplomático. Muere el veintitrés de junio de 1936, a los sesenta y cinco años de edad.

La tolerancia

La revista *Trofeos* (1906-1908)

El primero de noviembre de 1906 fue publicada, bajo el sello de la Tipografía de Samper Matiz & Co., la primera entrega de la revista *Trofeos*, bajo la dirección de Víctor M. Londoño e Ismael López (el nombre de pila de Cornelio Hispano). Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo, Eduardo Castillo, “Pacho” Valencia, Javier Acosta, Pierre Louys y Maurice Barrés (traducidos por los directores) son algunos de los nombres que figuran entre su nómina de autores.

Después de algunos avisos publicitarios sobre las novedades editoriales del momento, lo primero que se lee es la siguiente nota editorial, que aparece sin firma pero López atribuye a Londoño (Cfr. Londoño, 1937, p. 283):

Esta hoja aspira a ser un lugar de cita para los buenos espíritus; un ensayo de tolerancia intelectual.

Congregar las almas en torno de las ideas del arte noble; apasionar los corazones por la devoción de las letras, es nuestro programa.

Creyendo más en los dones individuales que en la eficacia de las escuelas, esta Revista abre a todos sus columnas. Dentro de la atmósfera común, quiere ella vivir y reflejar su tiempo.

Intentamos aligerarnos del pesimismo estéril, ahora que la juventud fatigada parece reposar las manos sobre el arado, como si oyese, en la mitad del día, la voz anticipada del ángelus.

Acaso lleguemos en sazón. Hemos conquistado la paz, es decir, el ambiente propicio en que deben nacer y desarrollarse las fuerzas libres de un pueblo que anhela vivir. (p. 1⁶)

⁶ Todos los artículos de *Trofeos* se citan según el número de paginación original de la revista, que se mantuvo continuo del primer al último número. Es usual encontrar la publicación completa en las bibliotecas bogotanas bajo la forma de un único volumen, por lo cual la búsqueda con el número de página se facilita. Además, en el cuerpo del texto se indicará, en la mayoría de los casos, el número del cual procede la cita.

La nota está citada en su totalidad y es la mejor manera de comenzar el análisis sobre la producción crítica de Londoño mientras fue una de las cabezas de la bicéfala *Trofeos*. Quizá es un sesgo (¿común a quienes quieren postular una tesis?) ver en esta *nota* la totalidad de las ideas sobre las cuales reposarán las hipótesis de este trabajo, pero ésta es la razón por la cual abre este capítulo.

La primera idea es quizá la más importante y descansa en el primer párrafo de la nota: la tolerancia intelectual, cuyo pensamiento y cuya práctica serán una constante en la obra escrita y la labor editorial de Londoño. Esta idea se conecta con la última: la paz. La Guerra de los Mil Días, vista como la culminación de un largo y desgastador conflicto que se extendió durante todo el siglo XIX (y que incluye a la Independencia) había terminado tan sólo cuatro años antes, en 1902. Londoño ve en ese panorama nacional más que “pesimismo estéril”, una oportunidad para hacer de la tolerancia el principio fundamental de la vida privada y pública. Esto, más que una propuesta teórica, es una postura ética frente a su labor como lector y escritor, como se argumentará luego.

Por otra parte están los “dones individuales”, contrapuestos a la “eficacia de las escuelas”. En su afán por darle cabida dentro de las páginas de *Trofeos* a la “gente nueva” (como se verá más adelante), Londoño cree necesario estudiar a cada nuevo escritor fuera de los lineamientos de cualquier escuela estética, llámese como se llame. Es acá donde el debate sobre el afamado modernismo colombiano (y latinoamericano) entra a desempeñar un papel importante: ¿cabe este paradigma cultural dentro de esa “atmósfera común”, dentro de ese “reflejar su tiempo” del tercer párrafo?

Para terminar, su enfrentamiento al “pesimismo estéril” hace surgir en el cuarto párrafo la figura de la “juventud fatigada”, que “parece reposar las manos sobre el arado, como si oyese, en la mitad del día, la voz anticipada del ángelus”. La figura retórica es algo confusa en términos de precisión temporal, sin que sepamos los momentos en los que la oración del ángelus se realizaba en la Bogotá de principios del siglo pasado. ¿Por qué sería anticipada la voz del ángelus a la “mitad del día”, si es costumbre escucharla a esa hora, por lo menos en la actualidad? Sin embargo, eso se puede dejar de lado si consideramos al ángelus no en su dimensión real sino simbólica: más allá de la hora en la que se acostumbre (algo que cambiaría según el lugar desde el cual se enuncie) el ángelus es un portavoz de lo que viene, está ahí para decir que hay un

cambio sucediendo, que algo se acabó y algo comienza, que las cosas ya no son las que solían ser. No es gratuito, además, que la juventud que lo escucha, extrañada, tenga sus manos posadas sobre un arado. Las metáforas del campo y la naturaleza serán claves en la obra de Londoño.

¿De qué manera se pueden relacionar la tolerancia, la guerra, los dones individuales, el modernismo y el anuncio anticipado de un tiempo por venir? ¿Es la naturaleza un lugar que es necesario resignificar como la fuente de descanso y no de conflicto, teniendo en cuenta que las guerras civiles del siglo XIX fueron guerras libradas en el campo? ¿Cuál es la influencia que puede tener el pensamiento modernista, aparentemente emparentado con la tolerancia, en un contexto de fatiga nacional?

La hospitalidad

Es difícil establecer una razón más “profunda” que explique la llegada de Londoño a Bogotá, más allá de decir que vino exclusivamente por su trabajo con el señor Krohne, como lo afirmé anteriormente. Vianí, que si para el censo realizado por el DANE en 2005 contaba con 3992 habitantes, muy probablemente no era un lugar de movimiento cultural importante ni un municipio con una densidad poblacional considerable (aunque no tengo datos sobre la cantidad de habitantes, recordemos que no nació como municipio sino hasta 1853, luego de que se formara el caserío Virginia alrededor de la hacienda El Paraíso).

La selección que realiza López de la producción poética de Londoño deja ver que ya para antes de su llegada a la capital era un aficionado a las letras: son trece las obras fechadas antes de 1894 (y múltiples las que no tienen fecha). Si a esto le sumamos que en julio de 1894, tan sólo unos meses después de su llegada a la ciudad, ya había realizado su primera publicación, que ésta fue nada más y nada menos que en la *Revista Gris* de Max Grillo, que gracias a eso se ganó un puesto dentro de la “gente nueva” (término que él mismo usaría más adelante), es decir, dentro de los nuevos poetas; que, como afirma López, “sin estudios normales y serios alcanzara tan refinada cultura” (p. 329), y más adelante Maya “de cuna humilde y sin más bases de instrucción que las obtenidas en la escuela rural de su pueblo” (1961, p. 98); si tenemos en cuenta esos factores, digo, llegamos fácilmente a la conclusión del carácter de gran autodidacta de Londoño.

Su formación poética (si es que eso existe) corrió por su cuenta y ya era bastante considerable para el momento en que llegó a Bogotá, a sus veintitrés años.

Años después dirá, en las páginas de *Trofeos*, que “Bogotá, importa decirlo, es ciudad hospitalaria al ingenio y merece apellidarse patricia de las artes y de las letras” (p. 48).

Sin duda el comentario no va por el mismo camino del patriótico “Bogotá, ciudad de pensamiento” que publicara Max Grillo para la celebración de los cuatrocientos años de la ciudad, en 1938, artículo en el que se afirman cosas como “todo daba claras señales en el valle de los alcázares de que aquella tierra fecunda y buena estaba llamada a sustentar un pueblo sano” (1946, p. 158), prefiriendo tanto el clima de la sabana, “semejante al de las llanuras castellanas en los comienzos del otoño” por encima de las “selvas ardientes, preñadas de peligros”; como su naturaleza, con árboles “de tupidos follajes, cargados de flores y de aromas en lugar de venenosos insectos” (ídem), pues “el ambiente de la capital de Colombia es propicio a los estudios en que labora el pensamiento desinteresado, o la fantasía extiende sus alas” (p. 159).

Si bien el juicio de Grillo intenta reconstruir los argumentos que llevaron a Jiménez de Quesada a establecer población a más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar, el tono que celebra las hazañas de los grandes intelectuales neo-granadinos (Torres, Caldas, Mutis, Nariño, Tadeo Lozano, Triana) lo lleva a emparentarse casi fervientemente con el conquistador y a celebrar igualmente esos juicios.

Nada que se aleje más de las pretensiones del comentario de Londoño, quien, como ya se mencionó, llegó a Bogotá sin más instrucción formal que la de su escuela rural y pasó a tener una vida de diplomático que lo llevó hasta París. Aunque en el momento en que escribe esas palabras, Londoño no ha comenzado su carrera al servicio del Estado, hay que reconocer que le tomó poco tiempo entrar en los circuitos de letrados de la capital. ¿Es ésta la hospitalidad de la que habla? ¿Hace de su caso personal un ejemplo clave a la hora de formular su juicio sobre la capital? Cosa parecida menciona Grillo cuando se refiere a Bogotá como “ayer severa y religiosa, convertida hoy por el aluvión de provincianos y extranjeros en una especie de puerto del Mediterráneo”, haciendo énfasis en los escritores que paseaban por sus calles, daban vida a sus librerías y cafés, y publicaban en sus revistas.

Germán Mejía Pavony, en su clásico estudio sobre Bogotá, describe la composición social de la capital de finales de siglo XIX de la siguiente manera:

[...] la aristocracia inicial, compuesta de hacendados, grandes comerciantes, rentistas y empleados de alto rango en las oficinas de gobierno o en los almacenes, tuvo que contemporizar con la nueva situación que el librecambismo había traído a la ciudad. De las filas de dicha aristocracia, pero también proviniendo de otras zonas donde los productos de exportación, la colonización y la minería habían generado nuevas riquezas, surgieron el grupo de banqueros, agentes, empresarios, negociantes y profesionales que dieron forma a la élite bogotana de fines de siglo. Esta nueva élite fue tan aristocrática como la anterior, pero tan burguesa como los tiempos lo exigían. (

2006, p. 272)

Al parecer, las décadas de los setenta, ochenta y noventa del siglo XIX vieron una población que mermaba en términos de cantidad. Entre otras razones, el investigador considera importantes las pobres condiciones de la ciudad y el florecimiento del empleo, en las regiones, producido por el cultivo del café, lo cual generaba que otros destinos fueran más atractivos para cierta población migrante (2006, p. 241). Así, puede ser plausible afirmar que a la ciudad llegaron más “burgueses” que “proletarios” a finales del siglo XIX, aunque, como el mismo Mejía Pavony lo dice,

Una explicación concluyente de la dinámica demográfica de Bogotá durante el siglo XIX no puede, entonces, fundarse únicamente en eventos coyunturales como las guerras civiles o las grandes epidemias. Sin duda éstas afectaron el proceso, pero no pudieron haberlo ocasionado. La conjunción de un desbordamiento en las capacidades tecnoeconómicas que tenía la ciudad para recibir ingentes cantidades de personas con un movimiento general de población en lo que en épocas coloniales se denominó *El Reino*, es en realidad el fundamento de lo ocurrido en la capital. Bajo condiciones críticas de vida y ante la presencia de coyunturas que atraían a la población hacia actividades productivas de alto rendimiento o hacia zonas de colonización, Bogotá debió ganar o perder población en relación directa a la forma como la gente percibía la situación en cada momento. (2006, pp. 255-56)

La población en la ciudad, sin duda, fluía. La cantidad fluctuante de habitantes y sus variadas características hacen de Bogotá una ciudad de encuentro de diversos personajes y grupos

sociales. Londoño, quien fuera en un principio recolector de café y luego contabilista y comerciante, llegó a la ciudad gracias a estos movimientos migratorios que hicieron de la hacienda de tabaco del señor Krohne un negocio tan rentable que éste decidió partir hacia la capital junto con su ayudante en los negocios. ¿O estoy especulando mucho?

Bogotá se perfilaba hospitalaria para Londoño. Una ciudad que lo acogió, en la que encontró a una cantidad de personas, situaciones y contextos en los que explotaría las capacidades que él mismo, como autodidacta, venía desarrollando.

Vale la pena preguntarse, ¿en qué medida se relaciona ese juicio sobre Bogotá con las intenciones de *Trofeos*? En el tercer número, que vio la luz el primero de noviembre de 1906, Londoño publica un pequeño artículo titulado “Gente nueva”, en el que declara:

He aquí la más ardiente aspiración de *Trofeos*: revelar nombres nuevos en las letras nacionales, acercar á los desconocidos, abrir a lo ancho de la Patria algo así como romanas vías espirituales. Para realizar tan hermoso sueño, hacemos un apasionado llamamiento a los poetas y escritores del país. Nuestra Revista será la casa fraternal donde haya para cada nuevo huésped un apretón de manos y una alborozada bienvenida. (p. 75)

Una interpretación simplista diría que Londoño quiere retribuir, dentro de su revista, la hospitalidad con la que lo recibió Bogotá hace ya más de una década. Sin embargo, parece más acertado realizar un paralelo mediante el cual esta actitud no nace de razones personales, deterministas en el plano psicológico, sino que se encuentra entrelazada con una situación en la que la ciudad y el país atravesaban, situación de apertura social y económica, fruto de múltiples factores.

La hermandad

La Guerra de los Mil Días, por ejemplo, entra a jugar un papel importantísimo. Como se comentó anteriormente, ésta es la última de las guerras civiles del siglo XIX, el último de una serie de episodios violentos que comenzaron con un momento crucial y difícil que nada tuvo de “bobo”, aunque la historiografía clásica insista en seguir llamándolo así. Las guerras, extendidas

por casi un siglo desde la Independencia hasta 1902, están sin duda detrás de las palabras de Londoño.

La separación del istmo de Panamá de la ya República de Colombia en 1903, en parte como consecuencia de la Guerra de los Mil Días (Deas, s.f., párrafo 3), provoca en Londoño no un sentimiento de repulsión hacia los Estados Unidos como en el caso de *Garras de oro*, la película caleña de 1926, sino una importante reflexión sobre la manera de afrontar coyunturas socio-políticas tan delicadas. Reseñando la revista *El Heraldo del Istmo*, afirma:

Es una gentil publicación dirigida con gusto y competencia por Guillermo Andreve, quien une a un fino talento amplias miras artísticas. Alternan en la notable Revista los nombres de los escritores panameños con las firmas de los más jóvenes representantes de las letras americanas; y porque el arte es el más seguro lazo de fraternidad, figuran allí las producciones de los colombianos y reciben éstos significativas señales de estima. Ultimamente surgió algún conflicto entre *El heraldo* y el Gobierno de Panamá, motivado por sutiles aprensiones morales del segundo en relación con algún artículo literario. Ojalá, merced al favor público, viva *El Heraldo del Istmo* como prenda de civilización y concordia americanas. (p. 59)

Guillermo Andreve, director y propietario de *El Heraldo del Istmo*, es una figura que vale la pena revisar en este momento. Al parecer, fue también un autodidacta como Londoño, pues su padre murió cuando él tenía dieciséis años (en 1895, es decir que era nueve años menor que Londoño), lo que lo obligó a ponerse al frente de la familia. Periodista desde entonces y tipógrafo, fundó su primera revista, *Cosmos*, tan solo un año después, publicación que viviría hasta 1897. Al siguiente año, dos revistas más fueron productos suyos: *Filatélica* y *El Demócrata*. En 1900 participó en la Guerra de los Mil Días, del lado liberal. Cuando ésta terminó, trabajó como “dependiente comercial de Maduro e Hijos”, para ser después ascendido a contable, antes de entrar a prisión a manos de autoridades colombianas, gracias a que protestó públicamente por la contravención del Tratado de Wisconsin y el fusilamiento de Victoriano Lorenzo, el héroe nacional indígena panameño de la misma guerra. Al parecer, y no tiene nada de extraño, participó activamente en la separación de Panamá en 1903. En enero de 1904 funda *El Heraldo del Istmo*, publicación quincenal que viviría por sesenta y dos números, hasta septiembre de 1906. En este año es elegido concejal, primero de múltiples puestos políticos y diplomáticos que tendrá a lo largo de su vida, entre los cuales destaco su ministerio en Francia,

en 1919 (¡fue el homólogo panameño de Londoño!), y en Colombia, en 1926. Murió en octubre de 1940 (Cfr. *EnCaribe*, s.f.).

Para el momento en el que es publicado el tercer número de *Trofeos*, ni Londoño ni Andreve saben que sus vidas van a parecerse tanto en algunos aspectos. Pero la declaración de simpatía que realiza el primero por la labor editorial e intelectual del segundo se llena de un sentido profundo una vez tales paralelos se hacen visibles. Sin embargo, situados en 1906, es de admirar que desde Bogotá se realicen esas afirmaciones sobre una revista de inclinación claramente patriótica, producto de una independencia en la que su director y propietario participó con ahínco. “El arte es el más seguro lazo de fraternidad”, sanciona Londoño, antes de mencionar que en la publicación comparten espacios autores tanto panameños como colombianos, para luego vitorear a *El Herald* como “prenda de civilización y concordia americanas”. Esto último se dice partiendo de la disputa que la revista tuvo con el gobierno panameño, pero nace del mismo sentimiento y de la misma idea que mueve la cita anterior: la fraternidad. Del arte, dice Londoño. De la misma revista, podríamos agregar, la cual es un órgano que ayuda a crear lazos entre distintos escritores, de distintos credos y nacionalidades, incluso cuando tales afirmaciones puedan ser delicadas en un contexto que engloba una nación fragmentada.

Enfrentarse a acoger en casa a todos por igual puede, de todas formas, no ser tan fácil. Hartas dificultades les trajo a los atridas Menelao y Agamenón haberle ofrecido su palacio a Paris, y la consecuencia de una hospitalidad malinterpretada por el huésped fue tan devastadora que hoy, después de más de tres mil años de sucedida, aun la recordamos con dolor y belleza.

En su labor crítica, Londoño se emparenta con los atridas y abre sus puertas (sus ojos y sus oídos) a todo aquél que tenga algo por decir. Pero esta actitud no pasó inadvertida y fue duramente criticada por la revista *Argos*, de Popayán:

El espíritu tolerante que anima á *Trofeos* es, sin duda alguna, generoso, prometedor.

Hasta aquí no hay renegación de las escuelas en las cuales marchan triunfalmente Londoño y López; pero ese batir de palmas tan exagerado, tan ajeno á las misas de la época, hace pensar en la verdad del decir de Huysmans: “los seres que no execran nada y lo adoran todo, carecen de talento personal” (Citado por Londoño, p. 188)

Londoño responde:

Argos ve en *Trofeos* uno como bosquecillo de palmas donde cantan día y noche los ruiseñores líricos; y como aquél tiene otros gustos é imagina que esos gustos son los que privan en la poesía contemporánea, manifiesta su desagrado y se incomoda con las personas dispuestas á sostener que todo va bien, ó por lo menos regular, en la obra de los seis días. El punto de vista en que *Argos* se coloca es tan legítimo como otro cualquiera; pero decirle al poeta que tome este o aquel camino, nos parece desatinado: el poeta irá por donde le plazca: visitará los círculos infernales, cruzará la vía pública o discurrirá a través de jardines encantados. (p. 188)

Con estas declaraciones la noción de tolerancia comienza a tomar más forma, alejándose de la definición tradicional de “virtud”, cuyo opuesto sería un “defecto”. La tolerancia es una categoría crítica y, en su caso, editorial. Es la actitud que considera necesaria para enfrentarse a la literatura en su época: huir de la prescripción y practicar la descripción. ¿Para qué pontificar valores estéticos o ideales previamente establecidos, cuando una multitud de textos y autores disímiles le presentan tantas aproximaciones al mundo que la “Verdad” pierde sentido?

La primera opción le parece a Londoño demasiado centrada en el crítico, y afirma que “cuando la juventud se cura del orgullo intelectual (y se cura presto), recupera sus facultades de admirar y de amar” (p. 188). Más allá del orgullo intelectual de cada comentarista existen las obras, a las cuales es necesario aproximarse de una manera completamente distinta:

El polemista es persona que quiere, á todo trance, convencer á los demás, aun cuando él no se halle convencido del todo; triunfar real ó aparentemente es la gloria que persigue, y para lograrla, todas las armas le parecen excelentes. El coraje, no hay duda, despierta admiración. Cuando D. Quijote arremete contra los molinos de viento, no puede uno menos de batirle palmas al bravo caballero; pero hay otras actitudes más reposadas para discurrir sobre las cosas de la Belleza y del espíritu. Sentados en un banco de piedra, á la sombra de un árbol apacible, los griegos dictaron enseñanzas que regocijan y ennoblecen el mundo.

Las diversas maneras como se juzga la labor de *Trofeos* avivan nuestro deseo de perseverar en ella. ¿En un país acostumbrado á las disputas ásperas y á los puntos de vistas exclusivos, es dable pedir tolerancia para quienes muestran moderado continente y moderado anhelo de comprender las más opuestas manifestaciones del Arte? (p. 189)

Meses más tarde, para el octavo número de la revista, publicado en marzo de 1907, Londoño retoma el tema del orgullo, recordando a Lamartine, en un artículo llamado “Una lección de modestia”. La anécdota del francés es la que sigue:

Cuando Lamartine viajaba por Oriente, encontró una iglesia de ilustre apellido, para quien el nombre y las obras del autor del *Lago* eran otras tantas cosas ignoradas. El poeta no se amostazó por ello; la aventura, sin embargo, le hizo cavilar sobre lo inestable y caprichoso de la gloria humana.

El pequeño artículo lo despierta la publicación de *La joven literatura hispanoamericana*, de Manuel Ugarte, que espera ser una *pequeña antología de prosistas y poetas*. Londoño, si bien Ugarte es argentino y la edición, francesa, trae la discusión a estas tierras, preguntándose por la importancia que tal publicación tiene dentro del ámbito literario del país. Sigue:

Los escritores colombianos, viejos y jóvenes, pueden renovar ahora esas meditaciones al recorrer el repertorio de literatura americana, publicado en París por D. Manuel Ugarte, para quien nuestros poetas y prosistas son “ilustres desconocidos”.

Libros como ése tienen algo de museo y mucho de inclusa; son registros de empadronamiento en la República de las Letras, y cuando se confeccionan con la mira de abarcar la quinta parte del mundo, como el Sr. Ugarte, las confusiones, las faltas y las sobras no tienen número.

Las objeciones de Londoño no son infundadas: de los ciento tres autores hispanoamericanos (y dos filipinos, algo que a Leopoldo Zea⁷ no le extrañaría), tan sólo cuatro aparecen en el índice como colombianos: M. Pimentel Coronel, Darío Herrera, Abraham Z. López-Penha y Justo Pastor Ríos. El primero, realmente, es venezolano. El segundo pertenecía ya a la nueva República de Panamá (tres años ha que se había separado de la colombiana). El tercero, a su vez, nació en Curazao (Antillas Holandesas) y se había establecido en Barranquilla hacia 1890. Del cuarto sólo se encuentran ya algunos indicios de existencia: una carta enviada a Rubén Darío, fechada en Santiago de Cuba el 24 de octubre de 1901 (Cfr. Colección Digital Complutense, de

⁷ Leopoldo Zea realizó el prólogo a *Noli me tangere*, de José Rizal, para la edición que preparó Margara Russotto en el número diez de la Biblioteca Ayacucho. En este prólogo, Zea plantea que las obras de Rizal, en español, pueden ser leídas en conjunto con la literatura hispanoamericana, por los orígenes compartidos que tienen ambas sociedades provenientes de una larga colonia española y por el carácter libertario de su autor. Quizá sean estas las razones que llevaron a la Biblioteca Ayacucho a hacer de *Noli me tangere* su publicación número diez, tan solo dos años después de su fundación en 1974, cuando el brillante Ángel Rama todavía figuraba en su nómina. Cfr. Rizal, J (1986) *Noli me tangere*. Biblioteca Ayacucho: Caracas.

la Universidad Complutense de Madrid), el registro en la biblioteca Luis Ángel Arango de la revista de arte *La musa americana*, que dirigió y redactó y cuyas fechas son pocas (un primer número al parecer de 1904 y un número cuarenta y dos de 1910), además de dos registros en la Biblioteca Nacional: *Horizontes*, publicación seriada de Ocaña, fechada en 1909, y *Futuro*, de Honda, fechada en 1911; publicaciones ambas que dirigió y redactó.

Lo interesante del artículo de Londoño es, pues, que no acomete lanza en ristre contra Ugarte, “ciudadano del *boulevard*” (p. 265), es decir, de la capital francesa, pues prefiere dirigirse “á los críticos bogotanos que no quieren permitirnos una palmadita de aplauso mutuo, enderezada á testificar que nos conocemos y apreciamos en familia” (p. 265). Para Londoño es más importante reflexionar acerca de lo que le suscitan tantos errores y omisiones que habitan las páginas de la antología de Ugarte. Lo principal, esgrime, es que los mismos críticos colombianos, al parecer, no están haciendo bien su labor, algo que podría afectar el conocimiento que Ugarte tiene de poesía y prosa colombianas. Si la crítica colombiana fuera más benigna, el argentino tendría un mayor repertorio para escoger y publicar en su antología. El reproche puede ser, a su vez, reprochable, pues no es una relación estrictamente causal la que se teje entre ambas cosas. Sin embargo, las palabras de Londoño dejan en claro cuál es su posición frente a la crítica (generalizando) colombiana del momento: no hay fraternidad ni frente a nuestros ojos ni frente a los extranjeros.

Lo siguiente que el caso Ugarte suscita en el texto de Londoño es una pequeña reflexión sobre el funcionamiento de una antología.

Para hacer más llevaderas las omisiones del Sr. Ugarte, hablemos mal de las antologías. Semejan éstas un campo de batalla: allí un arrogante capitán, cuyo penacho se destaca triunfante; cerca la multitud anónima y los jacos desmedrados; vocerío y confusión; á veces el brillo de una espada; con más frecuencia, las bayonetas tomadas de orín y las viejas y rotas banderas de guerra. (p. 265)

La selección es un hecho bélico, parece decir. Es violenta la convivencia de tantas figuras en un mismo libro y la cualidad beligerante de la antología permite, como los tratados que regulan las guerras, que sucedan muchas cosas que no deberían. Es, ante todo, un espacio jerarquizado en el que triunfan los veteranos, y en el que los soldados rasos no son más que carne de cañón con las armas destrozadas. Retomando sus palabras, un lugar de “empadronamiento en la República de las Letras” (p. 265).

Y en un tono velado llega a afirmar que existe una relación entre la fama, las amistades y las antologías: “Los veteranos de las letras bendicen la buena suerte que les evitó andar en malas compañías; los soldados jóvenes y puntillosos fluctúan entre dos consideraciones: quizá hubiera sido glorioso estar allí; acaso vale más no desafiar el peligro” (p. 265). La crítica es dura y apunta, sobre todo, al carácter tradicional (y tradicionalista) de las antología. Contra esos veteranos lucha Londoño cuando, como se vio anteriormente, prefiere abogar por la “gente nueva” y abrir “romanas vías espirituales” por toda la nación.

Y en la estocada final añade: “Consolémonos. Las rosas de antología, como las de jardín, *“viven el espacio fugaz de una mañana.”*” (p. 265), trayendo a colación que las verdades sobre las que se funda la antología son verdades cambiantes, tema este que permite entroncar el trabajado concepto de la *tolerancia* con el afamadísimo debate sobre el *modernismo* en Colombia.

El modernismo

Lo particular

La cuestión del modernismo en Colombia tiene su color particular. El siglo XIX en este país fue uno, como se mencionó anteriormente, marcado por profundas disidencias políticas que llevaron a un conflicto interminable, conflicto que encontraba constantemente su cenit en cada guerra civil. En este panorama, las letras colombianas terminaban tarde o temprano afiliadas a una postura política: tanto el liberalismo como el conservadurismo fundaban revistas literarias que terminaban engrosando sus catálogos de panfletos partidistas (Jiménez, p. 22). La crítica se encargada de apoderarse de los escritores y hacerlos entrar en las filas de algún bando en contienda.

Pero ciertos procesos (inestables, acota Jiménez Panesso) ayudan a que tal bipartidismo comience a flaquear frente a una cada vez más esgrimida “autonomía” del arte. Tal idea de la autonomía del arte, la secularización (la “muerte de Dios” no teológica sino sociológica) y la modernización de la sociedad (el aburguesamiento, diría Rafael Gutiérrez Girardot), y la profesionalización del crítico (muy levemente) son elementos que, combinados, dan paso en Colombia a una crítica literaria que se aleja de la contienda política y resalta valores estéticos y artísticos nuevos (Jiménez, p. 31). Es así como el modernismo se va abriendo paso en el ámbito cultural colombiano.

En los antípodas de Caro, con su resuelta sumisión a dogmas y verdades eternas, su negativa a cualquier forma de autonomía literaria y su inflexible partidismo político, José Asunción Silva vendría a representar en la literatura colombiana la más libre de las figuras, la menos arraigada en tradiciones o verdades generales, la más flexible y oscilante. En otras palabras, para bien o para mal, la más moderna. (Jiménez, 2006 p. 28)

Miguel Antonio Caro, quien, junto a Rafael Núñez presidiera la famosa Regeneración y redactara la constitución conservadora de 1886 (“En nombre de Dios, fuente suprema de toda

autoridad”, rezan sus primerísimas palabras), simbolizaba la tradición hispánica y clásica, ligada a la gramática española, al culto a las literaturas greco-latinas y a la autoridad de la Iglesia católica. Así las cosas, frente a tales tradiciones se alza el hombre moderno, caracterizado así por Rafael Maya en su *Orígenes del modernismo en Colombia*:

Los hombres del modernismo tuvieron un sentido sincrético de la cultura y de la vida. Todo lo mezclaron y revolvieron en su cerebro y en su conciencia, conciliando, aparentemente, ideas contrarias y buscando el punto de contacto entre todas las antítesis. Armonizar todas las doctrinas para excluir los fanatismos fue una de las consignas de la época. (Maya, p. 36)

Fuera de toda razón última y verdad innegable, lo moderno se encontró en la duda, una duda que tuvo su mayor expresión en las ideas estéticas de la creación artística del momento:

Lo que sucede es que, en el orden de las ideas, es imposible llegar a la aceptación simultánea de nociones que se excluyen, por contrarias; pero en el campo del arte sí es aceptable una discreta integración de principios, a fin de que la noción de belleza, la más libre de todas, salga de ese estrecho ángulo en que suelen confinarla las filosofías, y abarque, en sus dominios, todos los matices de la sensibilidad y todas las formas de la imaginación. (Maya, 1961, p. 38)

En tal proceso encaja perfectamente la figura de Londoño descrita hasta el momento: un autodidacta que se convierte en poeta, crítico literario y editor de revistas, convencido de que la guerra (causada por fanatismos) no es la mejor vía ni en términos sociales ni en términos artísticos, cimienta sus actividades en la tolerancia, es decir en el rechazo a todo fanatismo y a toda verdad inmutable, prefiriendo la descripción a la prescripción. En estos términos es posible llamar a Londoño modernista, si bien no hizo de tal adjetivo un epíteto constante ni programático, aunque Rafael Maya le llame, junto a Sanín Cano, “apóstol” y “divulgador de sus doctrinas”:

Víctor M. Londoño perteneció al grupo literario de Sanín Cano. Fue, por lo tanto, un teórico del modernismo, como divulgador de sus doctrinas y un practicante, al mismo tiempo, pues, como poeta, realizó todo el sentido del arte nuevo. Su inteligencia tuvo una doble faz: fue lírico, pero también estudió la obra de los demás. No puede ponerse en duda la efectividad de su apostolado, en los orígenes del modernismo, pero ese apostolado no tuvo nada de ruidoso ni de declamatorio. Profundamente influenciado por las nuevas corrientes literarias, luchó por imponerlas en Colombia, con fervor de neófito, pero fue siempre respetuoso del pasado, y nunca creyó que la renovación a

la que asistía, y de la cual era caudillo acreditado, lo autorizaba para renegar de la tradición intelectual de Colombia, ni mucho menos para estigmatizar a grandes poetas anteriores, que pertenecieron a su época con tanta lealtad como los modernistas pertenecían a la suya. Este criterio tolerante y gentil fue una de las mejores condiciones del temperamento de Londoño y por esa sabia equidad de su inteligencia mereció el respeto unánime de sus conciudadanos. (Maya, 1961, p. 96)

Para no entrar en generalizaciones vagas, vale la pena dedicar suficiente espacio a “La muerte del simbolismo”, ensayo de Londoño publicado para el cuarto número de *Trofeos*, el veinticinco de noviembre de 1906. Antes de empezar, conviene recordar que, tal y como lo plantean Sofía Stella Arango y Carlos Arturo Fernández en su *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia*, “modernismo”, “decadentismo” y “simbolismo” fueron, para la crítica del momento, términos intercambiables o, quizá siendo más precisos, diversas expresiones de lo mismo (Cfr. 2011, pp. 74-84).

La muerte del simbolismo

El artículo responde a Guillermo Camacho, quien un mes antes, el veintiocho de octubre del mismo año, publicó en las páginas de *El Nuevo Tiempo Literario* (tomo IV, número 30⁸), su incendiario “Simbolistas y decadentes”, en el que se pueden leer las siguientes afirmaciones:

Se distingue la nueva corriente por la sencillez y el método de la composición, la pureza del sentimiento y la precisión del dibujo, la claridad de las palabras y de las imágenes. En decadentismo quiso escamotear aplausos, sirviéndose de una lengua especial, ininteligible, funambulesca, nebulosa. No era posible hace quince años abrir un nuevo libro de versos sin poner en tortura el espíritu, dice René Doumic.

Todo eso ha muerto. La generación actual ya no pretende “sugerir” nada, como se decía antes con palabra enfática y pedante y, por el contrario, busca la más apropiada expresión para transmitir claramente el pensamiento. Lo que hay, según René Doumic, es una insurrección vigorosa de la poesía “íntima” y “familiar” (p. 463)

⁸ Se cita el número del paginado original. Los tomos de *El Nuevo Tiempo Literario* tenían numeración propia para facilitar la encuadernación de cada uno, así que la búsqueda se facilita.

Londoño comienza su respuesta así: “es grato y á la vez infantil suponer muertas y bajo tierra á las personas con quienes no simpatizamos” (p. 119). Y sigue: “[P]uédese congeturar que las literaturas sean muy ricas en metáforas que expresen aquella humana inclinación, ya se apliquen á los hombres, ya á las ideas” (p. 119). Luego emparenta a Camacho con una extensa tradición de “campaneros fúnebres y sepultureros” del simbolismo, (acotando que, –algo que hace justicia a un comentario hecho anteriormente–, “simbolismo” es el término que “prevalece” cuando es puesto al lado de “decadentismo”). Termina la introducción afirmando:

De vez en cuanto un crítico prudente decía á los atareados sepultureros: “Las exequias del Simbolismo son algo prematuras. Temed las inhumaciones anticipadas!” Por su parte, los simbolistas, personas muy corteses ó muy desdeñosas, oyeron el toque de agonía y callaron para que el triunfo de sus adversarios fuera completo. (p. 119)

De esa manera, en los tres párrafos introductorios deja planteados el tono y el tema del artículo a seguir: el tono será el de la respuesta seria y a la vez mordaz; el tema: la poca rigurosidad de la apreciaciones de Guillermo Camacho.

Así, entra en materia con apreciaciones (de marcado interés para el presente trabajo), sobre el quehacer de Camacho y su manera de proceder en cuanto al oficio de la crítica literaria.

Determina que este escritor,

Para evitarse incertidumbres, exalta en sí mismo la noble facultad de la afirmación; prescinde de inútiles ampliaciones y omite á veces documentar sus pareceres; es el arte de la simplificación crítica: los juicios son allí como el índice de las ideas. Habla en tono seco; exagera una miaja el gesto autoritario, y en sus deberes de crítico pone la gravedad de un fiel de balanza. (p. 120)

La primera frase es demoledora por su ironía, con un dejo de perogrullada que, antes que ir en detrimento de la argumentación de Londoño, pone sobre la mesa el proceder extraño de Camacho: prefiere afirmar que dudar, haciendo honor a las palabras que dedicó a esa “nueva corriente” que venía a reemplazar a decadentes y simbolistas, maestros éstos de la fantasmagoría y la niebla. Pero esa afirmación a toda cosa lo lleva a dejar de argumentar (“inútiles ampliaciones”) y justificar con hechos objetivos (“documentar”) esas ideas, las cuales, así, se presentan simplificadas, como indizadas: muertas como en un catálogo, enunciadas nada más.

Por otra parte, le reprocha su tono “seco” y su no necesario uso del autoritarismo, algo que, siguiendo a Londoño, lleva a Camacho a creer que en sus “deberes críticos” debe poner la “gravedad de un fiel de balanza”, haciendo referencia a la parte este instrumento que se encarga de informar la equidad en la medición, lo cual dejaría a Camacho como el encargado de desechar lo que no vale la pena, y a la vez de exaltar lo que debe ser leído, labor que recuerda a la del Ladrón de Guevara de los *Novelistas buenos y malos*, libro publicado “con licencia eclesiástica”.

Y si Camacho es todo lo que Londoño reprocha en un crítico (además de no ser exactamente un crítico literario, pues “se crió en las altas cimas de las ciencias políticas” y “para holgar un poco hace viajes de recreo por los floridos valles de la literatura” (p. 102)): afirmativo, autoritario, seco y prescriptivo; Sanín Cano es la figura del crítico por excelencia.

Camacho (permítaseme aquí un necesario excursus) dentro de su artículo, acude a la figura del escritor antioqueño para ejemplificar cómo el decadentismo (simbolismo, modernismo) ha llegado a calar a fondo en la cultura literaria colombiana. Lo hace después de afirmar que “lo que acontece en Francia, muy tarde ó nunca sucede en la América española, y menos aún entre nosotros” (p. 464), haciendo referencia a que esa nueva escuela que ha llegado, entre los galos, a salvar a la literatura del decadentismo no ha pisado (ni pisará, quizá) tierras americanas. ¿Por qué? Porque “allá las letras constituyen un organismo fuerte, capaz de eliminar todo residuo opuesto á su existencia; y el modernismo o lo que se llamó literatura nueva ya es un muerto que está pudriendo tierra” (p. 464), comparación de un darwinismo precoz y barato, huella de un positivismo poco estudiado y más bien producto de catequesis. En comparación, acá

[...] el mal cunde, se propaga y domina y lleva camino de invadir todas las vísceras. Cuenta con una cáfila de ejecutantes que se abastecen en Lugones; lo que vale más todavía: con un propugnador tan tenaz, convencido y entusiasta como el conocido hombre de letras don Baldomero Sanín Cano. (p. 464)

El juicio de “propugnador” no nos es ya extraño. Rafael Maya lo considera “el iniciador y el orientador del modernismo en Colombia” (1961, p. 19) y Jiménez Panesso lo describe como “iniciador, guía, maestro, del modernismo en Colombia” (1994, p. 240). Luego, Camacho pasa a describir su quehacer de esta manera: “La emprendió primero, hace algunos años, contra los buenos escritores castellanos, á quienes puso de oro y azul”, “posteriormente acometió de lleno,

no ya contra los hombres sino contra la misma lengua”, “y como si esto no fuera todavía bastante, hoy, desde las columnas de *Trofeos*, fulmina rayos contra las academias y contra todo aquello que pueda influir en forma alguna sobre la mentalidad del artista” (p. 464) Desdeñoso de lo hispánico, alejado de la crítica gramatical y de las academias, Sanín Cano aparece frente a los ojos de Camacho como una abominación. Pero si al gran crítico moderno no le va bien con don Guillermo, a Javier Acosta le va mucho peor. Lo considera Camacho “un gran decadente”, un escritor que llega a “tergiversar completamente el sentido de las palabras y á prescindir de todas las leyes del idioma”, lo que lo lleva a apostar “ciento á uno á quien descifre el anterior logogrifo”, después de citar un párrafo de la producción de Acosta. Luego tacha su trabajo de “pésimo”, preguntándose “¿qué castellano es ese?” y respondiéndose a sí mismo “es un cumplido decadente. No escribe en castellano”, para terminar con ironía: “todo, todo concurre á demostrar que el señor Javier Acosta ha realizado este milagro: formarse un idioma aparte, propio suyo!” (pp. 465-466).

“De tamaños escándalos, ¿quién es el responsable?” (p. 466), se pregunta Camacho. La respuesta es sencilla: Sanín Cano, pues

Como literato es hombre de prestigio; tiene su grupo ó círculo, que ha cultivado siempre y que le sirve de pedestal; aquí en Bogotá una parte de la juventud le busca, le oye, le consulta, le imita y ha terminado por apellidarle *el maestro*. Un apostolado! (p. 466)

“¡Blasfemia!”, podría gritar Camacho perfectamente luego de saber que a Sanín Cano, como a Jesucristo, le llaman maestro. El texto, dedicado al bibliófilo Laureano García Ortiz, termina:

Y aquí va la razón (un poco tarde, por cierto) de por qué el señor Sanín Cano es el primer responsable de los desplantes del decadentismo. Como él, el maestro, piensa que los diccionarios son “puro embeleo para sorprender incautos”, como grita contra las academias y barre de un mandoble á todos los buenos escultores de la lengua y dice que el castellano morirá en América, á los catecúmenos no les queda, no les puede quedar otro camino que desenfrenar sus bridones y lanzarse en el abismo. Si es preciso sustraerse, por perniciosa y efímera, á toda influencia extraña (véase *Trofeos* número 1.º); si no hay más ley que *los anhelos irreductibles de la expansión individual*, entonces –dirán los discípulos: Atrás Lope, Calderón, los dos Luises, Moratín y Cervantes! Atrás! Y como preservativo supremo del contagio encerrémonos á perpetuidad..... en nuestra torre de hueso! (p. 467)

Desde su academicismo y centrado únicamente en cuestiones formales, Camacho alcanza a describir parte fundamental de los problemas que afronta el modernismo: la predilección por la duda y lo velado, el culto a la individualidad y el consiguiente rechazo a toda escuela que normalice la producción artística, es decir, a toda autoridad incuestionable.

Sin duda la crítica de Camacho es bastante sencilla y, siguiendo a Londoño, carece de fundamentos serios, mucho menos documentados. Una crítica pobre que nada tiene que ver con las homilias de Carrasquilla, pues éstas, como bien lo decreta Maya, fueron “lo más serio que se escribió como oposición y réplica” (1961, p. 111), junto con “De la decadencia y el simbolismo”, de Luis María Mora. Sin embargo, lo que suscita en Londoño es un texto clave dentro de su producción crítica y es necesario abordarlo en extenso. Sigamos, entonces, en donde lo dejamos.

Contra las aseveraciones de Camacho, esgrime Londoño una defensa de Sanín Cano que es, a la vez, una apología general del crítico moderno:

Refiriéndose al mejor de nuestros críticos, emite el Dr. Camacho opiniones muy peregrinas y lleva á mal que la juventud escuche á Sanín Cano y le apellide Maestro. Si por tal se entiende un hombre que al vigor y elasticidad del entendimiento, junta hondo y variado saber, instinto de independencia, disciplina de voluntad, efusión de afectos, lealtad al espíritu, Sanín Cano es Maestro y lo es por el consentimiento de muchas inteligencias y de muchos corazones. Quizá para agraviarle, el Dr. Camacho habla del apostolado de Sanín y además le llama escéptico de apariencia, porque no se aísla á contemplar esquivamente el espectáculo humano. Quien así puede á su talante avasallar y dirigir la inteligencia de sus contemporáneos, es hombre superior. El escéptico, tal como ahora se le concibe, es un risueño espíritu que se desliga de las convenciones para atenerse á lo esencial; una naturaleza prodigiosamente sensible á todas las manifestaciones de la vida; un hombre que difunde su amor sereno sobre las criaturas y las cosas; un vibrante ser humano que, cuando llega la hora de la justicia, arroja sobre las multitudes las lenguas de fuego de la verdad. Así, á lo menos, aparece á nuestros ojos ese incomparable escéptico que se llama Anatole France. (p. 120)

Rafael Gutiérrez Girardot, en su clásico *Modernismo, supuestos históricos y culturales*, resume brillante y brevemente un proceso que tuvo su auge en el siglo XIX: el aburguesamiento de la sociedad, la consolidación de la sociedad civil. El derrumbamiento de los principios teocráticos feudales sobre los que se cimentaban las sociedades occidentales llegó a su cenit con las

invasiones napoleónicas del siglo XIX y la consecuente implementación de los códigos napoleónicos (el de comercio español en 1829 y el de Chile, por Andrés Bello, en 1854, con lo que eso significó para Latinoamérica). Tales reformas legislativas, junto a las ideologías del utilitarismo de Bentham y Destutt de Tracy, ayudaron a que nuestras sociedades se transformaran lentamente en sociedades burguesas en pensamiento, palabra, obra y omisión.

Tal sociedad, centrada en los valores liberales del libre comercio y el enriquecimiento personal, termina dejando de lado a los poetas, argumenta Gutiérrez Girardot, a tal punto que la pregunta fundamental de la poesía en esos momentos es la de Hölderlin “¿... y para qué el poeta en tiempos de miseria?” (2004, pp. 54-55). Y aquí es necesaria una extensa cita del trabajo mencionado:

El poeta que la sociedad burguesa relega al sitio donde duermen los perros, el que vive como un mendigo y exiliado en su casa, el que da sentido a las contradicciones del presente y en su cifra secreta, el que “está ahí y nadie lo nombra”, ¿no es acaso el poeta o el artista que, como los artistas del cuento de Darío, *El velo de la reina Mab*, convierte el lugar debajo de la escalera, o la buhardilla, en un reino, y al hacerlo reafirma su función perdida en la sociedad? Tras el fin del arte, el arte no se refugió en el “castillo de Axel” ni en la torre de marfil, sino en un reino ambiguo en el que reinan la fantasía y la libertad, pero también la nostalgia del mundo y de la sociedad que los expulsó. Ese reino ambiguo abrió las puertas de un universo nuevo y complejo que el poeta percibe y configura según la forma de experiencia que Hofmannsthal llamó “gozar-sufriendo”. Desde la perspectiva de la moral tradicional, de la hipócrita moral cristiana de la sociedad burguesa del siglo pasado, la libertad, la fantasía y sus productos, la ambigüedad del gozar-sufriendo, el “amoralismo esteticista” es “decadencia”. Y en este sentido de la palabra la usó Spengler en su *La decadencia de Occidente* (1918-1922). Pero lo que se llamó “decadencia” fue en realidad una intensificación de la vida que al ser llevada a su extremo ocasionaba no solamente gozo, sino también angustia, plenitud y duda e incertidumbre, sensualidad y remordimiento, impiedad y nueva fe. Pero el poeta de esta época, que al ser relegado de la sociedad era un desamparado, sólo representaba al individuo absoluto y a la vez dependiente de la sociedad burguesa, del liberalismo; al individuo que había pasado de la servidumbre a lo que, con una palabra ya desgastada, se ha llamado “alienación”. (2004, pp. 67-68)

El cultivo del yo

El poeta es, dentro de esta reflexión, el centro de todo, quien debe buscarle un nuevo sentido a la poesía para que ésta, a su vez, le devuelva sentido a su existencia. Es él quien sufre y quien goza, y cuyos gozo y sufrimiento son el eje de su producción, porque a la vez son la manera de responder la pregunta de Hölderlin. No extraña que, más de veinte años antes del libro de Gutiérrez Girardot, Rafael Maya haya puesto un énfasis importante en lo que él llamó “cultivo del Yo”, en su ya citado *Orígenes del modernismo en Colombia*, si bien la reflexión le surge más a causa de fenómenos como el dandismo y las teorías de Nietzsche. De nuevo, otra cita extensa de Maya:

Amar el propio “Yo”, cultivarlo celosamente, modelarlo como se modela una estatua y ofrecerlo después como norma de universo, y como arquetipo de refinamiento y sutilezas, contra la torpe vulgaridad de los demás, todo eso fue parte esencial del ideario modernista. La pasión del propio “Yo” fue una de sus prácticas preferidas. En algunos, como en Valencia, revistió las formas del acicalamiento espiritual y de la compostura interior, cosas que se reflejaban, hacia afuera, por el cuidado de las frases y la deleitosa exhibición del saber. En otros, fue actitud paradójal, despliegue de escenario para que oficiara la imaginación, teatralidad, y así por el estilo. (1961, pp. 44-45)

¿No es ese “yo” del que habla Londoño cuando describe a Sanín Cano como “un hombre que al vigor y elasticidad del entendimiento, junta hondo y variado saber, instinto de independencia, disciplina de voluntad, efusión de afectos, lealtad al espíritu”? Es, sin duda, un maestro del cual queda mucho por aprender. Y sigue en la misma página cuando describe así el nacimiento del simbolismo: “Una libre agrupación de poetas y escritores, descontentos del arte naturalista que privó hace unos años en Francia, buscaron á favor de la tolerancia política que reinaba entonces, vías nuevas que ellos juzgaron propicias á la libertad individual” (1961, pp. 120-121). Tanto el poeta como el crítico modernos buscan la libertad y para llegar a ella existen varias vías. Sin duda, Camacho se sorprende con la actitud desdeñosa de Sanín Cano “contra las academias y contra todo aquello que pueda influir en forma alguna sobre la mentalidad del artista” (Op. Cit.), pues en este caso lo más importante es la realización individual. Vale la pena recordar que, en la “Nota editorial” del primer número de *Trofeos*, Londoño postula la predilección de la revista por

los “dones individuales”, por encima de la “eficacia de las escuelas”, como se mencionó en los primeros párrafos de este capítulo, idea que retoma en este punto, cuando afirma

En la idea de escuela hay, con frecuencia, una exageración referente á la disciplina, exageración que extravía el criterio de los adeptos sin personalidad. Una escuela es la repercusión de un vigoroso temperamento ó un simple efecto de simpatía espiritual; no existen, que sepamos, códigos donde se hallen catalogadas las leyes del clásico o del simbolista perfecto. (p. 121)

Así, Londoño enfrenta el problema de la dicotomía individuo-escuela afirmando que ésta, cuando existe verdaderamente, puede ser un “simple efecto de simpatía espiritual”, dejando de lado la necesidad de desechar de tajo la posibilidad de agrupación, es decir, reformulando incluso que el simbolismo haya sido una escuela en términos tradicionales, describiéndola sabiamente como un grupo de escritores con afinidades intelectuales, estéticas. Y un grupo está, valga la obviedad, formado por individuos:

Los poetas y escritores simbolistas, desde Mallarmé y Verlaine hasta Van Lerberghe y Paul Claudel, fueron y son personalidades definidas, capaces de influir por sí solas en el movimiento literario de su tiempo. Porque ellos abrieron los postigos de la inteligencia, el instinto y la sensibilidad, su obra es vastísima; las teorías complicadas y múltiples, é inmensa la órbita que los sobrevivientes recorren aún. No puede argüirse que los principios del Simbolismo correspondan á fantasías de espíritus ligeros, inclinados á la *blague*, y el estrépito. [...] El Simbolismo es una ciudad palpitante á cuya fundación presidió un pensamiento de libertad; ábranse en ella cien francas puertas que conducen á todos los reinos de la inteligencia y de la vida. (p. 121)

Para no dejar de lado el hecho de que la crítica que hace Camacho a Posada se basa exclusivamente en criterios de corrección lingüística, Londoño responde recurriendo a una reflexión sobre el nuevo lenguaje poético y su relación con el pensamiento, reflexión basada en cierta definición de símbolo:

El simbolista descubre en las apariencias tangibles los signos de una realidad cuya significación es misteriosa; desde entonces un nuevo lenguaje se impone, no ya descriptivo sino apropiado á la expresión de cosas invisibles: las palabras, semejantes á notas musicales, pierden la pesantez, tórnanse aladas é imprecisas, conviértense en todos ideales, en sutilísimas redes que envuelven el pensamiento. El simbolista aspira á integrar el mundo visible y el invisible; el símbolo viene á ser como la cifra del misterio esencial. (p. 121-122)

Así, el lenguaje necesariamente debe romper moldes preestablecidos, de la misma manera que el individuo descrea de las escuelas como decálogos de comportamiento y pensamiento, de la misma manera que la Verdad, como afirma Londoño, no está monopolizada por un determinado grupo humano (p. 122).

Retomando la hipótesis principal de este trabajo, más allá de los planteamientos teóricos de Londoño, es necesario recalcar su manera de proceder, lo que se ha llamado su “actitud”, definida anteriormente con el término de “tolerancia”. El ensayo de Londoño, antes que destrozarse con palabras fuertes y descalificar los juicios de Camacho, entra en diálogo con ellos y los toma, uno por uno, para responderles con sinceridad y claridad, cuidándose de no caer en los mismos errores que su contendor: argumentando con creces y documentando sus juicios. Pero, sobre todo, siendo consciente de la inexistencia de una verdad suprema y última, o por lo menos de la incapacidad humana para alcanzarla.

Quien supone que las ideas nacidas con la aurora pueden marchitarse y envejecer al medio día, se inclina poco á formar convicciones, como no sea la de que todo se altera y transforma; y este pensamiento fecundo constituye apenas un método, una manera de sabia orientación. Tal actitud mental es adversa al *sectarismo*, que sólo medra en espíritus devotos de la regla, la tradición y el pasado venerable. Otra cosa es amar desinteresadamente las ideas é infundirles aliento de la propia energía; otra cosa es ofrecerlas como alimento de una hora á los que no sienten aplacado su apetito de renovación; es á estos á quienes Sanín, con noble complacencia de amigo, franquea la puerta de su alcázar. (p. 120)

De nuevo, el tema del sectarismo, ligado a la tradición y enfrentado a una “actitud” que se aleja de las convicciones vuelve a encontrarse en las palabras de Londoño. Es de recalcar que lo importante para él es que, más allá de hacerse a una teoría epistemológica sobre la imposibilidad de la verdad absoluta, la cuestión es sencillamente (y quizá más importante en términos prácticos), hacer de ese “pensamiento fecundo”, un “método, una manera de sabia orientación”. Las últimas palabras del ensayo rezan:

Esa crítica rotunda en la cual se trasluce el mal humor y la inclinación á mortificar á las personas que se toman la molestia de aprender, sirve para aumentar la desconfianza de quienes han perdido la fe en muchas cosas, singularmente en los críticos que se afirman demasiado á sí mismos cuando niegan á los demás. (p. 123)

El debate por el simbolismo no para ahí. Hasta donde se encontró, a “La muerte del simbolismo” sigue una respuesta aún más mordaz por parte de Camacho, titulada igualmente “Simbolistas y decadentes”, pero subtitulada “Bombos mutuos”, y publicada apenas el dos de diciembre de 1906, en el número treinta y cinco del tomo cuarto de *El Nuevo Tiempo Literario*. Para enero de 1907, la *Revista Nueva*, desde Manizales, reproduce en su entrega número treinta y tres el primer artículo de Camacho (como “un joven de brillantes dotes” lo describe la misma revista) en su totalidad, y el segundo en fragmentos bajo el título de “Decadentismo”. Londoño responde la segunda entrega de Camacho con unas enigmáticas notas que titula “El silencio” y que publica en el siguiente número de la revista, el cinco de enero de 1907, sin duda a manera de cerrar la discusión. A su vez, Camacho responde con “Ideas”, el veintisiete del mismo mes, en el primer número del volumen quinto de *El Nuevo Tiempo Literario*.

Por último, el primero de febrero de 1907, en el sexto número de *Trofeos*, Londoño publica, bajo sus constantes *Notas marginales*, el siguiente comentario, que responde, al parecer, a los comentarios con los que la *Revista Nueva* acompaña la reproducción de los artículos de Camacho. El comentario es breve y cierra⁹, al parecer definitivamente, el debate por parte de Londoño¹⁰:

Tratar de penetrar el sentido general de un movimiento literario como el Simbolismo, equivale para la Revista manizaleña á declararse partidario rabioso de ese movimiento. El historiador, digamos, que estudia el mecanismo de gobierno ruso, debe por ello convertirse en absolutista.

Cree la *Revista Nueva* que nosotros adelantamos una polémica en torno al Simbolismo; imagina que ponemos testarudo empeño en hacer que prevalezcan nuestras opiniones: leyéndonos con más calma echará de ver que ningún afán de proselitismo nos mueve. (p. 189)

El primer párrafo, con su muy efectivo ejemplo, recurre a la ya comentada estrategia crítica usada por Londoño: la descripción antes que la prescripción, entender antes que juzgar, y entenderlo todo. Y por último, “Calma”, le pide Londoño al escritor de la *Revista Nueva*, petición que se inserta con facilidad dentro del quehacer crítico reseñado hasta el momento como “actitud” fundamentalmente tolerante por parte de Londoño. Leer con cabeza fría, no hacer

⁹ “Cosa ingrata y penosa tener uno que explicarse y comentarse á sí mismo cuando hay en el mundo tántas cosas buenas que comentar y explicar!” (p. 189), son las palabras que abren las *Notas*.

¹⁰ Anteriormente, cuando se habló del tema del orgullo, se citó ya la otra parte del comentario, desde “El polemista es persona...” hasta “... las más opuestas manifestaciones del Arte?”.

generalizaciones y, sobre todo, alejarse del proselitismo y la testarudez, son actitudes que, si se practican en la labor crítica, necesariamente tendrán una repercusión a nivel social. ¿Por qué no comenzar en la escritura el proceso de resiliencia y diálogo tan necesario después de un siglo de guerras civiles? Un mes más tarde (el veinticinco de marzo de 1907, para el octavo número de la revista) recordará a Ruskin de la siguiente manera:

Ruskin, como la mayoría de los grandes espíritus que sueñan con el mejoramiento del hombre, buscaba en el amor el remedio único para todas las dolencias sociales y anhelaba que la Belleza y el Arte iluminaran la vida é hicieran más comunicativa la palabra del hermano al hermano; más agradable y solidario el trabajo; más inteligentes y fraternales las relaciones humanas (p. 260)

La patria

El Nuevo Tiempo Literario (1912-1913)

En julio de 1910 Carlos Calderón, Ministro de Relaciones Exteriores, nombra a Londoño Secretario de la Legación de Colombia en Quito, puesto al que accedió por mediación de su amigo Ismael López, quien trabajaba en el mismo ministerio. Sin saber con exactitud cuándo, parte para Quito (con escalas en Panamá y Guayaquil), ciudad en la que permanecería casi dos años.

En junio de 1912 regresa al país y en octubre del mismo año pasa a ser el redactor de *El Nuevo Tiempo Literario*, suplemento al diario *El Nuevo Tiempo* fundado por Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa en mayo de 1902. Para el momento en que llega a la redacción, el director del suplemento es el santandereano Ismael Enrique Arciniegas. Estará a cargo de la redacción por los primeros treinta y cinco números del tomo doce del suplemento, es decir hasta junio de 1913, cuando debe viajar a Caracas a desempeñarse como Secretario de la Legación de Colombia en la capital venezolana. Entonces, es sucedido por Diego Uribe.

A su llegada al suplemento escribe, para el primer número¹¹, una “Invitación” que funciona de manera análoga a la “Nota editorial” que abrió las páginas de *Trofeos* en 1906. En el texto, señala que el recorrido (de ya casi diez años) que ha tenido *El Nuevo Tiempo Literario* ha sido de “simpatía y hospitalidad”, juntando en sus páginas a veteranos y jóvenes, nacionales y extranjeros, actitud que le ha traído simpatía por parte del público, y que la hacen una publicación que mantiene “vivos en el público el amor á la poesía y el gusto por las cosas que atañen al espíritu” (p. 1¹²), enfrentándose a aquellos “que se apellidan á sí propios positivos y

¹¹ Ya que la labor de Londoño se centra exclusivamente en el tomo doce del suplemento, se obviará esta información y se referenciará cada número sin mencionar el tomo.

¹² De igual manera que en el capítulo anterior, las citas que corresponden a *El Nuevo Tiempo Literario* se referencian únicamente con el número de paginación original. El suplemento también se encuentra fácilmente organizado por tomos en las bibliotecas bogotanas. En este caso, cada tomo contaba con una paginación propia.

prácticos” y que “desdeñan esta última manifestación del espíritu [el cultivo de las letras], como si lo que llaman civilización no fuera la cifra de todas las inclinaciones humanas” (p. 1).

Como propuesta para su nueva labor editorial, Londoño reseña uno de los “muchos signos de renovación que aparecen en el campo literario” como

[...] la tendencia que muestran los nuevos escritores al estudio y cultivo de la historia nacional. Ya se anuncian libros de este género, escritos unos por plumas insuperables, escritos otros por jóvenes recién salidos de las aulas ó que las frecuentan todavía.

¡Cuánta rica vena no estará oculta en el fondo de nuestra prehistoria, de nuestro folk-lore!
¡Cuánto tesoro recatará [sic] el olvido en los férreos lustros de la Conquista; en los épicos años de la Emancipación; en los días mesiánicos de la República! (p. 1)

Y el fervor le alcanza para invitar a los escritores a adentrarse por los caminos de la “historia nacional”, exhortándolos así:

Que vayan á esos manantiales y beban abundantemente en ellos, los poetas que persiguen las sombras desmesuradas de los héroes semifabulosos; los cronistas que fijan el gesto de los personajes legendarios; los novelistas que saben devolvernos, en alma y cuerpo, las generaciones que fueron; los historiadores que, combinando el arte con la ciencia, reconstruyen el pasado muerto y desvanecido. (p. 1)

Y, para terminar, emparenta su labora actual con la que desempeñó hace ya unos años en *Trofeos*, repitiendo, como última frase, parte del artículo “Gente nueva”, publicado en el tercer número de la revista:

Pensando, pues, que no hay mal alguno en continuar fomentando las vocaciones literarias y el gusto por las cosas del Arte, ofrecemos estas columnas –si estrechas hospitalarias- á la juventud colombiana, á los escritores todos, á quienes repetimos las palabras con que en otro tiempo les invitamos a colaborar en una labor análoga a la que hoy empezamos:

«Nuestra Revista será la casa fraternal donde haya para cada nuevo huésped un apretón de manos y una alborozada bienvenida» (p.2)

La cuestión nacional

Es el momento de traer a discusión algo que se ha dejado de lado: la cuestión nacional. Y con esas palabras tan imprecisas quiero poner sobre la mesa la pregunta por la manera en que Londoño utiliza términos como “nación” y “patria” dentro de sus escritos críticos.

El tema llega en este momento precisamente por la “Invitación” publicada en el primer número de *El Nuevo Tiempo Literario*, escrito de cualidades programáticas en el que se comienzan a atisbar los ejes fundamentales sobre los que reposará la actividad crítica de Londoño en este suplemento, que se aleja un poco de la de *Trofeos* precisamente en el tema: la mayoría de sus artículos en la revista versan sobre autores extranjeros, y sus comentarios sobre los colombianos son cortos; por el contrario, *El Nuevo Tiempo Literario* alberga en su mayoría textos de tema nacional, en los que es evidente ese elemento que se identificó en la “Nota editorial” de *Trofeos* y que no se ha analizado hasta ahora: la naturaleza como metáfora para la crítica, unida necesariamente a ciertas concepciones sobre la “nación” y la “patria” muy específicas.

Será necesario recoger, antes de empezar, eso que vaticinó en “Gente nueva”, para compararlo con la práctica en este su nuevo período crítico y saber si sus propuestas cambian, a la vez que averiguar los respectivos porqués.

“En las naciones cultas”, dice comenzando el tercer párrafo, “ya no se averigua si el cultivo de las letras es benéfico para el progreso general” (*Trofeos*, p. 76). Y sigue:

En la América hispana, los poetas mismos han prestado al Estado servicios de gran valía; sin ir más lejos, sábese que en la última asamblea de pueblos, reunida en la capital del Brasil, culminó más de un nombre consagrado por las Musas. (p. 76)

¿Así de sencillo? ¿La contribución de los poetas “en las naciones cultas” tiene que ver con prestar al Estado “servicios de gran valía”? ¿Servicios diplomáticos, como los que le desempeñaba López, como los que le esperan en poco tiempo al mismo Londoño, como los que prestará Sanín Cano? ¿O quizá parlamentarios como los de Max Grillo, cuando fue elegido congresista por el Partido Liberal? Londoño se explica:

Los problemas políticos pierden terreno en la vida moderna, y en Colombia, especialmente, despiertan poco interés; las cuestiones sociales, que tanto apasionan á las viejas naciones

europas, podrían examinarse entre nosotros como lejanos asuntos de curiosidad é información. No así de las ideas que se refieren al arte y las letras. Es éste vastísimo campo donde los ingenios pueden lucir los dones naturales y el saber que proporcionan la lectura y las meditaciones. (p. 76)

¿Qué tan lejos están estas afirmaciones de las que hiciera en la “Nota editorial” del primer número, cuando afirmaba que la juventud, fatigada, reposaba las manos sobre el arado, como escuchando la voz anticipada del ángelus? ¿Es el arte el ángelus, el que trae la buena nueva anticipándose a su tiempo y superponiéndose a esa fatiga frente a la política? En algún momento se sugirió que la fatiga podría surgir como consecuencia del largo y belicoso siglo XIX: ¿qué tan cierto puede llegar a ser esto?

A continuación, Londoño recupera la labor del crítico, comentando que “los poetas casi nunca saben responder en fórmulas precisas cuando se les interroga sobre los principios del arte literario ó de la estética que profesan”, algo que legitima la existencia de un comentarista que estudie las obras literarias, cuando, además, la situación del escritor en prosa es descrita así:

Lástima que las plumas competentes se reposen en avaro retraimiento, ahora que tal cual escritor desearía que se examinasen nuestros valores literarios y reviviese el gusto por las disquisiciones estéticas, Hay géneros, ó como se llamen, descuidados por nuestros hombres de letras. Abundan los poetas que saben rimar gentilmente; pero escasean aquellos otros que narran en prosa diáfana fantasías y aventuras que no se ajustan á los límites del verso. Carecemos de cronistas elegantes y ligeros como esos que mariposean en los diarios y revistas de Francia y España. Nuestros críticos mismos, y los tenemos excelentes, se sustraen a la vida del periodismo, temerosos acaso de incomodar al gran público. (p. 76)

Si bien los temas que atañen al arte y al espíritu son bien recibidos por la sociedad, parece que hay manera de decir algo que no sea bien recibido, conclusión que se puede extraer de la última frase. Es decir que la crítica literaria está siendo cohibida por cierta facción, que existe una clase de comentarios “cómodos”, así como otra de “incómodos”. ¿Qué podría incomodar a los lectores? La tarea del crítico es bastante específica, según lo plantea Londoño más adelante, afirmando que “ya sería ocasión de averiguar si es verdad, como claman algunos, que hemos perdido el camino y andamos alelados buscando en otra parte las fuentes de inspiración que en el propio terruño brotan limpias y saludables” (p. 76).

El crítico debe entrar, entonces, de lleno en la discusión tan candente entre los defensores y los detractores de las “influencias externas”, discusión que se resume en la historiografía literaria como la discusión alrededor del “modernismo”. Vale la pena recordar en este momento la influencia que ejercieron textos críticos como “De lo exótico”, de Sanín Cano, frente a las “Homilías” de Tomás Carrasquilla, que defendían tesis contrarias a las de don Baldomero. La discusión está resumida con juicio impecable en la ya citada *Historia de la crítica literaria en Colombia*, del profesor David Jiménez Panesso, y se abordó brevemente en el capítulo anterior. Aquí se retomará específicamente en la relación nacional/exótico.

Londoño sigue:

Hay un ideal común en todo el mundo americano: defender la raza y exaltar las virtudes nativas. Es así como querríamos que se les fijasen metas y se les marcasen rumbos á los poetas y escritores indígenas. Dos grandes pueblos nos instan é impulsan, por modos opuestos, á dar suelta á aquella inclinación: España, que resucita gloriosa, y la gran República del Norte, que nos mira con ojos de neblí. España rejuvenece y nuestros oídos vuelven á deleitarse con la música de las guitarras y de las guzlas. Y cuenta que los recién llegados ensayan aún instrumentos más armoniosos y más graves. Un rey adolescente se asienta en el trono de Alfonso el Sabio y de Carlos V; el emancipado y republicano mundo de América se descubre con simpatía, le bate palmas y le grita: *Viva el Rey!* Es la Raza: el concentrado río imperturbable que arrolla los diques de la historia. (p. 76)

Así que esa es la labor del crítico, ese es el servicio que le presta a la patria: “defender la raza y exaltar las virtudes nativas”, averiguando qué tan verdad es eso de que hayamos “perdido el camino”, “buscando en otras partes las fuentes de inspiración que en el propio terruño brotan limpias y saludables”. ¿Se tratará su labor en *El Nuevo Tiempo Literario* de darse a la práctica de tales tareas?

En ese mismo primer número del cual se extrajeron las líneas de la “Invitación” aparece publicada la primera entrega de lo que será su columna “Letras nacionales” (no tan periódica como las modernas columnas de opinión a las que estamos acostumbrados, aunque mantiene la unidad que su mismo nombre le impone), con el subtítulo de “Los poetas”.

“Harto difícil sería”, comienza, “determinar las tendencias actuales de la poesía colombiana”. La frase se emparenta con esa de la “Invitación” en la que describe cierta predilección del escritor

contemporáneo por los temas de historia nacional. Sigue: “Solamente un signo parece visible: el influjo de los nuevos poetas españoles, en contraposición al que ejerció, durante poco tiempo, la literatura francesa que se apellidó simbolista y decadente” (p. 15). ¿Qué pasó con su fácilmente evidenciable predilección por los escritores franceses? ¿Esconde esta frase algo más que una descripción de una tendencia nueva?

El mismo Rubén Darío, cuya robusta complejión española aparece disimulada bajo los arreos y el penacho versallescós, no ha tenido entre nosotros verdaderos y constantes discípulos.

En esto las nuevas generaciones imitan el ejemplo de las antiguas. José Eusebio Caro, Arboleda, Pombo, Isaacs fueron bardos de casta española, con algo de la gravedad y el hondo sentido de los poetas ingleses. (p. 15)

La naturaleza

El simbolismo (decadentismo, modernismo) que antes despertó en él sendas defensas (aunque tanto afirmara que no lo eran, aunque el lector tendrá que sacar aquí conclusiones propias) y artículos como “La muerte del simbolismo”, es despachado ahora en dos frases, para quedar relegado a una tendencia pasajera, sobrepasada por el más arraigado (¿y verdaderamente nacional?) hispanismo que se remonta al acuático y mutable Caro, contortulio político de Arboleda en el conservadurismo, partido en el que el mismo Isaacs comenzaría su vida política, para después entrar a las filas del liberalismo radical.

Y vuelve otra declaración programática para su ejercicio crítico:

Cabría averiguar si en los tiempos que alcanzamos nuestra vida espiritual se ha hecho más rica, si se ha afinado nuestra sensibilidad, si ha ganado en agilidad y armonía nuestra expresión poética.

Importaría, sobre todo, comparar nuestra actividad literaria con la de otros países congéneres é indagar si marchamos al unísono con las ideas y sentimientos de cultura y fervor americanistas que hoy circulan por todo el Continente, ó sí, como es de temerse, vamos quedándonos á la zaga, engreídos en los ya viejos laureles conquistados por nuestros antecesores. (p. 15)

Para el tercer número del suplemento (en el que se publica la traducción de “Los Rubayata” sin información sobre su traductor, pero que posteriormente se atribuyó a Londoño –incluso en colaboración con Ismael Enrique Arciniegas-), aparece una nueva entrega de *Letras nacionales*, dedicada esta vez a las *Elegías caucanas* de su amigo Cornelio Hispano. Es este el primer artículo de esta nueva etapa de Londoño en el que todo ese arsenal de postulados programáticos entra a jugar un papel principal. Ya en el segundo párrafo afirma:

Lejanos están ya el mar donde nació Afrodita, los coros de las ninfas, las tropas de los Centauros, la siringa de Pan. Lejano está el yermo donde San Jerónimo curtía al sol las desnudas carnes y entregaba á los vientos la caudalosa barba florestal. Ahora es la tierra de la infancia, las visiones de los primeros años. (p. 44)

Toda la influencia “externa” que pueda recibir el poeta queda, de tajo, anulada en este libro de Hispano. Sin embargo, habrá que ver si la tras la afirmación de Londoño hay algún partidismo, si está privilegiando algo en su aparente descripción objetiva de los hechos literarios.

No sé quién dijo que el poeta ha de renacer cada mañana para que su espíritu pueda absorber y reflejar toda la belleza del mundo. Algunos, los menos, alcanzan esa suerte de purificación: otros conservan lo que pudiera llamarse el pecado original de la literatura, que gravita por siglos sobre cada uno de nosotros. De ahí que poetas como Delille, para citar un autor extranjero y lejano, en vez de hacernos sentir el hechizo primitivo de la naturaleza, nos fastidie y desazone con sus jardines ingleses, donde florece el artificio sobre los rosales didácticos. (p. 45)

Las referencias religiosas no pueden ser más dicientes: hay un pecado (aunque no doloso, pues es el pecado original), que es el del artificio. Natural, la literatura debe ser natural, surgir del poeta como un arroyo nace de lo alto de un páramo y correr montaña abajo, dando vida a su paso. Y para esto, el poeta debe ser como el hombre del campo, debe aprender “el sentido de las cosas rústicas y el místico recogimiento con que los pastores juntan las manos é inclinan la frente á la hora del ángelus vespertino” (Ibíd.). Vuelvo a hacer la pregunta: ¿es el arte ese ángelus vespertino? ¿O es el ángelus la musa a la que tiene que atender el poeta? Sin embargo, la inspiración no lo es todo, pues Hispano, en sus poemas, “prodigó todos los dones de su instinto poético y llevó á la perfección el rigor de su técnica severa” (p. 46), aunque tal comentario formal parece perderse entre la maraña de espiritualismo naturalista.

¿Qué naturaleza es la de esta naturaleza? ¿Cómo describirla? ¿Es cualquier naturaleza sobre la faz de la tierra? En la primera cita del artículo, se puede leer que Hispano vuelve a la “tierra de la infancia”, a “las visiones de los primeros años”. Ahora, a la mitad del texto, afirma:

No es un sentimiento muy complicado el que inclina el corazón del poeta de las *Elegía*, al amor de la tierra nativa: es un amor formado de familiaridad con las cosas, de evocaciones y añoranzas, del físico bienestar que produce una zambullida en un remanso, á la hora del medio día, ó de la sensación de frescura y mocedad que ofrece la sombra de una ceiba anchísima, el gusto de una *piñuela* madura, la contemplación de una zagala desnuda á las orillas del río. Ni el recuerdo de las batallas, ni la sombra de los héroes, ni las transformaciones sociales, ni el afán de adaptar la vida á las necesidades modernas, inquietan el alma del poeta. A la sombra de burilicos y palmeras ó remado en la fuerte canoa labrada en un tronco de jigua, sin acordarse de Atenas que fue, ni de París que palpita, repite, con ritornelo insistente, las laudes de la tierra y el agua [...] (p. 46)

Es la tierra nativa la que despierta en el poeta las elegías, una tierra que se ama a fuerza de familiaridad, a fuerza de vivir en ella. Es la patria, pero no la patria forjada en la contienda social, no la patria producto de constituciones, guerras civiles, tensiones entre grupos humanos, tradiciones, rupturas y azares. Es una patria que, por el contrario, se aleja de aquélla, “sin acordarse de Atenas que fue, ni París que palpita”, que va de lo social a lo natural, como queriendo contraponer ambos términos. Y, para cerrar con broche de oro, termina el artículo con la siguiente frase: “Así, el son de una cornamusa llena el valle en la montaña y asciende á las ciudades como un largo toque de gloria” (p. 47). De la cornamusa (un instrumento idílico y casi virgiliano), que simboliza la voz lírica del pastor, sale un son que se dirige hacia las ciudades, que va de lo natural a lo social, como haciendo un llamado de atención sobre el campo a los ciudadanos, un llamado glorioso, como el ángelus vespertino. ¿Qué anuncia la cornamusa?

El sexto número del suplemento abre con un artículo sobre la revista ecuatoriana *Letras*, en el que Londoño aprovecha para realizar una pequeña revisión de la tradición literaria del país vecino. Afirma:

Hubo allí, y aún quedan rastros de ello, cierto desacuerdo entre la palabra y la acción, cierta tendencia á mirar las cosas y los acontecimientos bajo aspectos heroicos ó sublimes, propensión ésta que en parte se explicaría por el imperio que la naturaleza ecuatorial ejerce sobre la

imaginación; pero que tiene su fuente principal en la imitación y remedo de los poetas declamatorios y románticos de la Península.

Insignes poetas fueron, sin duda, Quintana, Olmedo y el cantor del Niágara; pero cada vez que oigo á Heredia exclamar, con la última urgencia

Templad mi lira, dádmela que siento

En mi alma estremecida y agitada

Arder la inspiración.....,

no puedo menos de sonreír de él y de todos los de su escuela.

La verdad es que las grandes cordilleras con sus empinadas cúpulas de nieve, que semejan el vestíbulo de la eternidad, dejan en el espíritu una impresión de silencio, de paz, de aniquilamiento nirvánico. El indio de alma sellada y de labios cargados de secretos, sí está en consonancia con la muda naturaleza ecuatorial:

Solo, más libre,

como puso en boca del Inca fugitivo, la musa intuitiva de José Eusebio Caro. (p. 82)

Esa patria natural a la que el hombre de la ciudad debe volver la cara y el cuerpo entero, es una patria de tranquilidad, de “aniquilación nirvánica”, si bien tal descripción la realiza Londoño recordando su estadía en Quito. Sin embargo, los juicios que publica sobre la tradición literaria ecuatoriana y sobre la labor de la revista *Letras* ayudan a crear una imagen más clara de las pretensiones patrióticas de Londoño, recordando de nuevo la falsedad del artificio literario contrapuesta a la naturalidad del sentimiento verdadero del hombre que admira la naturaleza con sencillez, alejado de pretensiones románticas y exuberantes, que falsean el paisaje llevándolo, sin duda, al extremo político de los héroes nacionales y el pasado glorioso.

La cuestión se vuelve aún más comprensible en el último párrafo del artículo, cuando afirma: “Que las rosas del Arte florezcan allí donde genios del mal acumularon sombras de horror dantesco, y que el noble y perseverante anhelo de la juventud salve á la Patria ecuatoriana!” (p. 84), luego de citar a los directores de *Letras*, en una declaración sobre cómo los avatares de la política han “robado también muchos laureles que corresponden á las letras”, ante lo cual “hoy

el espíritu público reacciona, busca otros caminos por donde conducir su aspiración” (Citado por Londoño en *Ibíd.*), refiriéndose al cultivo de las artes.

Y es que antes había declarado:

En las diáfanas mañanas de Quito, cuando la tierra y el cielo parecen de cristal; cuando la voz de las campanas huye á las florestas orientales, como una melodía arrancada á las rústicas arpas de los aborígenes, se diría que el canto de los antiguos *aravicos* ensalza la gloria y la belleza del sol. Todo predispone allí á las emociones suaves y á los dulces afectos, y sólo por un imprevisto fenómeno, que acaso tenga su raíz en la defectuosa organización social y política de la Nación, las luchas de las facciones ofrecen ese trágico horror, esa primitiva crueldad que recuerda los sacrificios que los antiguos propiciaban á las divinidades implacables. (p. 82)

La visión de la naturaleza debe permanecer imperturbable, debe alejar al espectador de las “luchas de las facciones”, de la “primitiva crueldad”. La naturaleza debe despertar “emociones suaves” y “dulces afectos”.

El problema patriótico

Volviendo a Colombia, el quince de diciembre se publica el undécimo número del suplemento, en el cual Londoño reseña *Recuerdos de fiestas*, de quien había sido ya Ministro de Educación entre 1901 y 1903, y que en 1924 sería designado a la Presidencia de la República, el conservador José Joaquín Casas. Los *Recuerdos* son descritos por Londoño como “cosa nuestra, propia y castiza, con naturales reminiscencias españolas” (p. 172), y su lectura, además, “produce una suerte de regocijo doméstico, semejante al que deben de experimentar los hijos de la Península cuando oyen ó repiten una leyenda de Zorrilla ó un romance del Duque de Rivas” (*Ibíd.*). Resulta ahora que, si el campo, opuesto a la ciudad en el sentido en que es natural mientras que aquélla es social, representa la tranquilidad y la belleza de la contemplación apacible e inmutable; y además el hombre, para poder entrar en sus dominios con fortuna debe imitar la sencillez del hombre del campo; resulta, digo, que no está solo en su tarea. Lo acompañan los demás habitantes del campo, con sus costumbres sanas y memorables: “Este género de poesía, que parte dominios con la historia, es como un terso espejo donde se refleja el alma rústica y popular con sus nativas cualidades de salud., de fuerza y honradez” (p. 172).

Londoño vuelve a entroncar con la descripción de esa nueva tendencia que encuentra en la literatura nacional, la cual hace de la historia del país, de su pasado tanto remoto como próximo, una fuente inagotable de la cual beber. Aquí, es el presente el que se poetiza, pero para que perdure:

Quando el historiador ó el novelista futuro quiera revivir nuestros regocijos y pasatiempos rústicos, no encontrará crónica ó documento más fehaciente para enseñarles á los contemporáneos cómo se solazaban y nutrían sana y anchamente los que para entonces serán venerables abuelos, que los *Recuerdos de fiestas* del doctor Casas. Será capítulo interesantísimo de las crónicas venideras aquel en que se pinten y describan nuestras costumbres actuales, bajo un título evocador que diga más ó menos así: «De cómo reían y merendaban nuestros bisabuelos». Para entonces quizá no existirán los guapos toreadores de pueblo, los alcaldes de monterilla, las niñas de ajustado corpiño y de ancha y almidonada falda, los mozos de rumbo que puntean el tiple y la bandola, los bizarros jinetes que hacen caracolear los caballos de paso corto sobre los empedrados de plazas y callejas. Todo habrá desaparecido: las gentes, las costumbres y los usos; aun los paisajes y las cosas aparecerán teñidos de nuevos y flamantes colores; pero el alma de los unos y de las otras palpitará intacta en los *Recuerdos de fiestas*; y acaso un poeta curioso y diligente, de esos que aman las cosas viejas y sugestivas, se complazca en recitarles á sus camaradas los versos del doctor Casas, no sin decirles antes con íntimo regocijo: «Llegaos y bebed en el cuenco de la mano de esta agua fresca y saludable que brotó en otro tiempo, de las propias entrañas de la tierra nativa». (p. 175)

Risas y meriendas, gente fruto de la tierra nativa, toreadores y muchachas de apretado corpiño con costumbres dignísimas de recordar, además de necesarias, claro, si la ciudad lo que provoca en el hombre que la vive es la memoria de guerras y facciones políticas. Regocijos y pasatiempos, eso sí vale la pena tener en mente, y qué mejor manera que volver a ellos que la poesía serena.

Antes de entrar al aparte sobre los “sustitutos de la religión” en el mencionado *Modernismo, supuestos históricos y culturales*, Rafael Gutiérrez Girardot anticipa el fenómeno que acompañó a esa secularización de la sociedad occidental comentada anteriormente: una nueva sacralización del mundo.

Los “movimientos nacionales”, producto de la Revolución Francesa, esto es, de su principio de la soberanía popular, se plasmaron en el Estado Nacional burqués y elaboraron su ideología

justificativa... ésta fue amplia, pues abarcaba las múltiples, contradictorias y vagas teorías sobre la “nacionalidad”, y la demagogia antisemita con la que un Maurice Barrès atacó a los “intelectuales” franceses que firmaron el famoso Manifiesto contra los manejos del “*affaire Dreyfus*” (el Manifiesto es de 1888) o el radicalismo pangermánico de un Paul de Lagarde (1827-1891) entre muchos otros Pero todas las especies de esta curiosa ideología exclusivista y agresiva que surgió con el Estado Nacional tenían de común un *pathos*: el de la “sacralización” de lo que la burguesía llamaba la “patria” y que no era otra cosa que la abusiva identificación de su estado con el “pueblo”, con la Nación, con el Estado. (2004, p. 81)

Esta otra cara de la labor crítica de Londoño que se ha comentado en el presente capítulo tiene mucho que deberle a ese proceso de re-sacralización del mundo, a la vez que constituye parte fundamental del mismo en el país. Pero, ¿qué tanto se emparenta con lo expuesto en el capítulo anterior? ¿Hace parte esto de la misma actitud de tolerancia y su estrecha relación con la polémica en torno al modernismo literario en Colombia?

Las referencias hispanas marcan una clara diferencia dentro de esta polémica. Son constantes, como se ha podido ver, alusiones a la tradición literaria española, o a la relación “racial” entre la península y el continente americano, a la hora de comentar obras literarias. En el artículo sobre *Letras*, la revista ecuatoriana, hablando de Gonzalo Zaldumbide, escritor ecuatoriano a quien habría conocido durante su estadía en Quito, lo describe como uno de los “hombres analizadores y sensitivos que están creando la genuina cultura americana”, y a esta cultura le da tres adjetivos claramente delimitados geográfica y culturalmente: “cultura formada de médula española, de lozanía indígena y de gracia francesa” (p. 83). La cita es, para el caso, bastante explícita. La influencia francesa queda relegada a la “gracia”, ¿quizá una cuestión de forma, meramente decorativa, de gusto en el lenguaje? Lo importante, sin embargo, lo profundo, lo arraigado, es español, a lo que se junta el orgullo, la altivez, supuestos atributos del indígena americano.

Y si no es suficiente, quizá sí baste traer de nuevo afirmaciones ya citadas:

El mismo Rubén Darío, cuya robusta complexión española aparece disimulada bajo los arreos y el penacho versallescós, no ha tenido entre nosotros verdaderos y constantes discípulos.

En esto las nuevas generaciones imitan el ejemplo de las antiguas. José Eusebio Caro, Arboleda, Pombo, Isaacs fueron bardos de casta española, con algo de la gravedad y el hondo sentido de los poetas ingleses. (p. 15)

Por otro lado, la duda como parte fundamental del ejercicio crítico parece desaparecer de párrafos como este, publicado para su entrada de “Letras Nacionales” del décimo tercer número, el cinco de enero de 1913:

Por la simpatía que muestra á los cuitados y á los pecadores, Soto Borda permanece fiel al viejo romanticismo. Si he de ser franco, confesaré que de la gente desastrada sólo me interesan, por lo humanos y pintorescos, los redomados tunos de la antigua picaresca española. Todo ese cotarro de hampones, golfas y pordioseros, carne de presidio, de mancebía y de hospital, me deja indiferente, cuando no me regocija pensar que un día serán retirados de las vías urbanas y de la circulación literaria, merced á los cuidados de la higiene pública y á los rigores de un buen régimen intelectual. (p. 189)

Párrafo que (si se me permite el pequeño excurso), leído en estos tiempos trae a la memoria episodios de la vida nacional poco gratos, productos del mal llamado fenómeno de la “limpieza social” perpetrado por agrupaciones paramilitares y facciones de las instituciones estatales encargadas de ejercer la fuerza y “mantener el orden” en el país. Coincidencia poco afortunada que la editorial en la que se publicó *Salpique de versos*, el libro de Clímaco Soto Borda que Londoño reseña cuando escribe el párrafo citado, tenga por nombre *Águila Negra* y sea colombiana.

Si bien el aparte de Gutiérrez Girardot sobre los “sustituto de religión” se centra sobre todo en las vías metafísicas (en sentido literal) que los escritores intentaron recorrer una vez la iglesia es desterrada del centro de la vida del hombre (el paganismo, las religiones extranjeras, los múltiples ocultismos y sincretismos extraños fueron el alimento espiritual de muchos de ellos), hay párrafos concretos en los que se entrevé de qué manera tales sustitutos colindan con una sacralización, como se comentó y citó anteriormente, de conceptos claramente políticos como la “patria” y la “nación”.

Comentando los postulados de Éliphas Lévi, autor de *Dogma y ritual de la alta magia* (1854) e *Historia de la magia* (1859), en quien encuentra Enid Starkie, la gran biógrafa irlandesa de Rimbaud, algunas de las lecturas del joven poeta (quizá uno de los más grandes exponentes de esos sustitutos de la religión) que influenciaron sus ideas y prácticas estéticas (2007, sobre todo pp. 133-142 y 209-232); comentando la obra del diácono y ocultista francés, digo, Gutiérrez escribe:

Había comenzado su carrera de escritor con un libro de oraciones y poemas a la Virgen María (*El rosal de mayo o la guirnalda de María*), al que siguió *La Biblia de la libertad*: anunciaba allí el próximo advenimiento de Paracleto, quien consumaría la decadencia de Roma, y como un Camilo Torres *avant la lettre* –también cabe pensar en Ernesto Cardenal– hacía una interpretación revolucionaria de la moral del Evangelio: “He aquí el segundo advenimiento de Cristo encarnado en la humanidad; he aquí el hombre-pueblo-Dios que se revela”. Como era mariófilo, el abate Eliphaz había previsto que este hombre-pueblo-Dios viniera acompañado de una persona femenina, esto es, la France o su sinónimo la Liberté. (2004, p. 122)

Y más adelante, adentrados en el último capítulo de *Modernismo* dedicado a “la inteligencia, la bohemia, las utopías”, aparece otro párrafo, de naturaleza fulminante:

La Utopía era una “construcción de filosofía de la historia”, y no sólo pretendía explicar o interpretar la realidad presente, sino oponerle un mundo mejor. Pero, quizá con la excepción de William Norris, estas utópicas filosofías de la historia eran imprecisas. El paisaje castellano, la América de Manuel Ugarte y Darío o la de Martí, el Reino de George, la “Nación” de Barrès, la España interior de Ganivet, la “otra España” eran esbozos de regiones pacíficas, de mundos mejores, de lejanas unidades, realizables sólo bajo la condición de que al mapa utópico de le dieran contenidos concretos y fines alcanzables. Pero como acababan de renacer, pedir esto era tanto como exigir su decapitación en aras de la política realista de esos años. Algunas Utopías sucumbieron a ese postulado: las que volvieron sus ojos a las “interioridades”, al terruño, a lo telúrico, al campesino como ideal de vida sencilla, o a un nuevo orden de disciplina y jerarquía o a la sangre (y eso fueron las de Barrès, Ganivet, Azorín, George, los indigenistas y los regionalistas) entraron a formar parte de los aparatos ideológicos de los fascismos. (2004, p. 155)

Si bien no es este libro de Gutiérrez uno que se centre exclusivamente en el análisis de tales ideas germen de posteriores desarrollos programáticos de nacionalismos y fascismos europeos y americanos, en el panorama general y a la vez profundísimo que da sobre el fenómeno del modernismo, los párrafos citados son suficientes para poder crearnos una idea de la naturaleza de esos postulados peligrosos, a los cuales se aferraron con saña los escritores de fines de mitades y finales del siglo XIX, y de comienzos del XX.

Colombia, sin duda, no estuvo exenta de la aparición de estas ideas. No se trata, tampoco, de condenar esta otro corpus crítico de Londoño por considerarlo necesaria y fatídicamente fascista,

sino de entroncarlo con procesos intelectuales mucho más amplios y ver en qué medida es su prosa una apropiación, una respuesta a ellos.

Sin embargo, las relaciones son claras. La producción crítica de Londoño en *El Nuevo Tiempo Literario* hace un uso bastante específico de términos como “patria” y “nación”, uso que lleva a sospechar al lector actual, pues los cien años que nos distancian de él dejaron razones suficientes para hacerlo.

Consideraciones finales y conclusiones

Esta sección recoge breves apuntes que puedan guiar futuras investigaciones sobre la vida y la obra de Londoño, intentando inaugurar caminos de análisis que profundicen los temas ya tratados dentro de la monografía. Así, se presentan al lector tres temas clave: La Guerra de los Mil Días, el Conflicto Colombo-Peruano de 1932 y el problema que presenta Londoño cuando se le intenta ver dentro de las nociones tradicionales del “intelectual”. Como se verá, sin embargo, los caminos no son disímiles, sino comparten una misma preocupación, vieja ya en los estudios literarios: la relación entre el autor y la sociedad.

La Guerra de los Mil Días

Se mencionó anteriormente que la Guerra fue para Londoño un episodio fundamental de la vida nacional, episodio que marcaría su producción crítica hondamente. El punto clave de tal afirmación recae en lo que significó para su pensamiento que el país se hubiera visto envuelto en tal refriega, la más extensa de las guerras civiles hasta el momento, además de la más mortal.

Producto, entre otras cosas, de una nación económicamente en quiebra, la Guerra enfrentó sangrientamente facciones de los partidos tradicionales. Las razones de la misma no son estrictamente importantes en este momento y han sido excepcionalmente expuestas por Charles Bergquist en su trabajo doctoral *Café y conflicto en Colombia (1886-1910)*. Son, en cambio, de vital importancia las dinámicas que generó en el país durante la acción bélica y en la pos-guerra.

Bergquist, en el citado estudio, separa la Guerra en dos etapas claramente diferenciadas en el accionar de ambos bandos, aunque quizá no tanto, como siempre, en términos cronológicos. La primera fase, la denomina “La Guerra de los Caballeros”, recalando que los conservadores

nacionalistas y los liberales belicistas enfrentados mantuvieron siempre un trato moderado, marcado por las costumbres que, hasta el momento, se llevaban respecto a la guerra. Así, el reclutamiento no se salió del tradicional de trabajadores, mediante el cual la clase alta conservadora y liberal a cargo de obreros y campesinos prácticamente los obligaba a unirse al bando que el patrón ordenara; además, eran comunes las redadas que se realizaban en mercados, bares y plazas, así como la captura de grupos de jornaleros en el campo, a quienes ataban y subían a camiones. Sin embargo, el enlistamiento voluntario no fue cosa extraña.

Afirma Bergquist que, aunque esos siete meses que dura la primera fase de la Guerra estuvieron marcados por acciones bélicas desesperadas, “los generales de clase alta desplegaron una preocupación caballerosa por la dignidad de sus oponentes” (p. 206). Es el caso, por ejemplo, de los prisioneros de guerra, a quienes se les podía negociar fácilmente casa por cárcel o mejores condiciones de prisión, como al joven Olaya Herrera, quien con dieciocho años se encontraba prisionero y en cuya ayuda acudió Marco Fidel Suárez a Marcelino Vargas, gobernador militar de Cundinamarca, pidiéndole que le otorgara casa por cárcel. Olaya Herrera fue puesto en libertad condicional y no volvió más al combate (pp. 217-218).

Por otro lado, la victoria liberal sobre Peralonso, en Norte de Santander, llevó a ambos ejércitos a mantener una relativa calma, mientras los liberales se organizaban para aprovechar lo que temporalmente habían ganado, y los conservadores hacían lo mismo para no perder la calma y enfrentar a aquéllos de la mejor manera. Esto dio al país algunos meses de relativa calma. A esto se suma la división creciente entre conservadores nacionalistas e históricos, a causa del afán de estos últimos de poner un fin diplomático a la guerra y no llevar al país a una situación de la cual le sería difícil regresar. Incluso antes de esta batalla los mismos liberales, si bien de la facción pacifista e instados por algunos conservadores, intentaron negociar con el gobierno una rendición condicional, aunque desistieron de su misión al poco tiempo. Hasta el momento, nadie se imaginaba que la Guerra duraría tanto y le costaría tanto al país.

La derrota liberal en la batalla de Palonegro, el veinticinco de mayo de 1900, significó el paso a una táctica que prolongaría la Guerra por dos años y medio: la guerra de guerrillas, y que llevaría a Bergquist a considerarla el punto que da comienzo a la segunda etapa. Con la pérdida del oriente del país y la próxima del Atlántico, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Gabriel Vargas Santos deben huir del país para buscar ayuda extranjera a los revolucionarios. Así, la

guerra se concentra en el centro de Colombia, específicamente en los departamentos de Cundinamarca y Tolima, pasando a ser liderada sobre todo por oficiales y terratenientes a cargo de pequeños grupos de rebeldes salidos generalmente de las plantaciones de café de la zona.

Esta nueva etapa presentó al gobierno dificultades enormes para la derrota militar del liberalismo y llevó a que se presentaran situaciones que “chocaban contra el mundo civilizado del siglo XX” (Cfr. Bergquist, p. 232). El financiamiento de la guerra había llevado a saqueos, robos, pillaje, especulación y otra cantidad de estrategias que terminaron en enriquecimiento de los oficiales tanto nacionalistas como liberales, lo cual llevó a muchos a afirmar que la guerra se extendía por lo lucrativa que se estaba perfilando para intereses particulares.

El posterior golpe de estado contra el presidente Sanclemente, a quien se consideró incapaz de acabar el enfrentamiento, trajo como consecuencia que poco a poco ganara poder Arístides Fernández (quien llegaría a Ministro de Guerra), conocido por su durísima mano contra los liberales, actitud que lo llevó a condenar a pena de muerte a una gran cantidad de éstos, así como a agudizar las tácticas para provocar la rendición de las tropas, fomentar la implementación de juicios militares sumarios orales que no daban oportunidad de apelación, además de ordenar a la policía de Bogotá a entrar con toda naturalidad a las casas de presuntos ayudantes de las guerrillas liberales y realizara inspecciones sorpresa, y organizar bandas de ciudadanos para que defendieran Bogotá de los rebeldes. Su régimen del terror llegó al extremo de exhibir, en la Plaza de Bolívar, los restos de tres víctimas de macheteros guerrilleros como parte de una campaña de desprestigio de la revolución liberal.

Finalmente, la Guerra acaba con la rendición y capitulación, mediante el tratado de Neerlandia, de Rafael Uribe Uribe y, mediante el del Winsconsin, de Benjamín Herrera, quienes habían vuelto al país para proseguir con la contienda pero fueron derrotados militarmente y aceptaron negociaciones con el gobierno, dentro de las cuales se trató (y se logró) la destitución del mismísimo Fernández.

La actitud

Cuando Londoño comienza su producción de crítica literaria de manera sistemática, la Guerra de los Mil Días había terminado no hace mucho y terminará convirtiéndose en un evento fundamental en sus escritos, en los que son comunes las menciones a la guerra en general, a la futilidad del combate armado, a la necesidad de un diálogo distante de toda vía de hecho, un diálogo, de nuevo, tolerante. De todas formas, son constantes las menciones a la “virilidad”, la “fuerza”, el “brío”, palabras predilectas de Londoño, sobre todo en sus escritos sobre poesía y poetas. Y es que, precisamente, esa actividad crítica puede ser acalorada pero nunca irracional, como la guerra y más como una guerra que llegó a tales extremos de degradación tanto en sus maneras de financiarse y sus tácticas beligerantes, como en sus consecuencias: la crisis total de la economía del país y la muerte de, según cifras estimadas, casi cien mil personas, cantidad bastante considerable si se recuerda que, para el momento, Colombia se componía de aproximadamente cuatro millones de habitantes.

Las polémicas en las que se ve envuelto pueden llegar a ser duras, como esa en la que se trabaja con “un escritor de Alpha” (la revista de Medellín), de quien nunca se dice su nombre (nada más y nada menos que Saturnino Restrepo, para los curiosos); o esa otra, con don Tomás Carrasquilla, cuando responde a sus famosas homilías. En palabras de Londoño, una consideración general sobre el hecho mismo de polemizar, publicada en el segundo número de *Trofeos*, el quince de octubre de 1906:

Estos amables torneos literarios son fecundos, porque contribuyen a clarificar las ideas; y cuando el que baja a la arena es brioso y lleva armas relucientes y sonoras, el espectáculo resulta magnífico (p. 57-58)

Esa es la única guerra que quiere Londoño: la intelectual. Y, es más, la guerra del torneo caballeresco, una concertada previamente y a la que se va con ánimos distintos a los de aniquilar al oponente (aunque muchos caballeros hayan muerto en tales juergas).

Además, la Guerra significará para Londoño otra cosa: la degradación del campo. Es el campesino el que debe pelear la guerra, es en la provincia en donde se libran los combates. Bogotá estuvo amenazada y sufrió, bajo Fernández, un régimen del terror que la dejaría marcada, sin duda, pero no fue nunca testigo de batalla alguna. Por otro lado, la agricultura llegó a frenarse

casi completamente, y el machete, herramienta de trabajo fundamental para el campesino colombiano, demostró, en la misma Plaza de Bolívar, lo que podía significar si era usado contra otro ser humano.

Estos y otros más factores que deben ser analizados a profundidad, son sin duda el germen de esas primeras afirmaciones de Londoño que intentan mirar al campo como el lugar en donde se debe construir la patria, como se mencionó en el capítulo correspondiente¹³, comenzando un proceso de re-sacralización de la naturaleza que había sido escenario de la más sangrienta y extensa guerra civil que Colombia vivió hasta el momento. Las relaciones quedan nada más enunciadas y la invitación hecha para ahondar en ellas, intentando descifrar sus motivos profundos y sus consecuencias dentro del pensamiento y la actitud de Londoño como crítico literario.

El Conflicto colombo-peruano de 1932

El Tratado Salomón-Lozano de 1922 había delimitado por fin, después de muchos conflictos territoriales y legales, las fronteras entre Perú y Colombia. Pero, años más tarde, el primero de septiembre de 1932, un grupo de peruanos se toma Leticia y expulsa a las autoridades colombianas del puerto, lo cual da inicio a un conflicto de naturaleza extraña, que va y viene entre las cortes internacionales y los bombardeos en el Amazonas.

Juan Camilo Restrepo y Luis Ignacio Betancur, autores de *Economía y conflicto colombo-peruano*, afirman en este libro que la estrategia que asumió Olaya Herrera, entonces presidente de Colombia, fue una

Estrategia de diplomacia activa y un aparato militar en alerta roja, porque el entonces Presidente de la República, Enrique Olaya Herrera, enfocó todos los refuerzos a exigir el respeto al Derecho Internacional (para el caso plasmado en el Tratado Lozano-Salomón) ante la Sociedad de Naciones y, simultáneamente, a vigorizar la capacidad de respuesta militar, adquiriendo buques y aviones, construyendo a toda prisa vías de comunicación con el Putumayo y elevando a 12.000 el

¹³ A esto habría que sumarle un análisis de las políticas financieras del Quinquenio de Reyes, que impulsaron la agricultura y reivindicaron el cultivo de banano, café y caña, entre otros productos, por medio de subsidios. ¿Se ven estas ideas de Londoño influenciadas por las políticas de Reyes? ¿En qué manera se relacionan ambos elementos de la pos-guerra?

pie de fuerza. Olaya había conocido de tiempo atrás el tema fronterizo porque en 1905, como funcionario de la Cancillería había publicado una obra, *Cuestiones Territoriales*. De otro lado, mantuvo siempre la tesis de que lo primordial era aferrarse a las tesis jurídicas, buscando que la comunidad internacional respaldara el irrefutable derecho de Colombia a recuperar el territorio que el Perú había invadido contra toda lógica. La astucia de Lima consistió en guardar, durante los primeros meses, distancia para dejar la sensación de que el asalto era obra de unos particulares sin apoyo oficial, mientras buscaba en Washington, sin éxito, la designación de una comisión internacional que investigara los hechos, invocando la recientemente firmada por Perú, Colombia y otras naciones, Convención de Gondra. (2001, p. 76)

Como se mencionó anteriormente, Londoño parte desde París a bordo del Mosquera hacia el Amazonas, “fusil al hombro”, y se suma a la campaña militar liderada por el General Alfredo Vásquez Cobo que tenía como misión recuperar los territorios colombianos ocupados. Éste es un episodio que, dentro de la vida de Londoño, requiere de una especial atención y que, lastimosamente, no va a poder ser abordado aquí profundamente y más bien quedará resaltado y propuesto.

Como clave de interpretación se propone que, como se expuso durante la monografía, Londoño pasa de promulgar una “tolerancia” intelectual incluyente y poco pontificadora, a realizar afirmaciones más bien tajantes y a usar términos resbaladizos y conflictivos como “patria” y “nación” de manera igualmente problemática. A esto se le suma, entonces, el hecho de transformar su visión sobre la guerra a tal punto que, si la Guerra de los Mil Días suscitaba en él repudio hacia la confrontación violenta, la invasión de Leticia lo llena de un afán patriótico tal que termina embarcándose “fusil al hombro”. ¿Es una progresión clara entre el afán de pensamiento flexible que caracteriza su primer corpus analizado y la convicción nacionalista y belicista de que el camino adecuado para resolver los conflictos es la fuerza, progresión que contaría como punto de quiebre el ingreso de Londoño a la labor diplomática en 1910?

Sin embargo, la guerra con el Perú no se podría caracterizar igual que la Guerra de los Mil Días. No tuvo la primera el carácter deshumanizador y extremo que sí tuvo la segunda, y estuvo más bien caracterizada, como lo proponen Restrepo y Betancur, por una diplomacia como eje central de la resolución del conflicto. De todas formas, si la guerra se peleó más con las leyes que con las balas, ¿por qué no acudió Londoño, como experto en Derecho Internacional y diplomático de

larga data, a la legalidad y sí a las armas, o más bien a su apoyo a ellas? Un análisis detallado de su correspondencia en este periodo es fundamental, si tan solo se supiera en dónde se encuentran sus cartas.

El intelectual

Miguel Ángel Urrego, en su *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*, traza tres perfiles del intelectual de la Regeneración (prácticamente la única época en la que vivió Londoño). El primer perfil, dice Urrego, es la tríada “conformada por el gramático, el poeta y el abogado, quienes, eso sí, debían ser católicos y conservadores” (2002, p. 38). Sin embargo, “el campo cultural no es monolítico”, por lo cual “vemos también surgir y actuar a intelectuales liberales y socialistas que crean sus propios espacios, universidades y revistas, poseen objetivos distintos y trabajan con otros referentes teóricos” (*Ibíd.*). Y, además, están los intelectuales de otra formación académica, ingenieros y médicos, que poseen formas alternas, modernas de ver el mundo y el orden social y político y, por lo mismo, asumen que sus funciones son bien distintas. Este tipo de intelectuales fue importante en la aclimatación de nuevas tecnologías y teorías y en la administración de los procesos de industrialización y urbanización (*Ibíd.*)

El libro de Urrego, como su título lo plantea, se centra en los intelectuales del primer tipo, pues considera a los otros dos como excepciones a la regla, es decir como minorías. Sin embargo, deja claro que el segundo tipo se diferencia del primero únicamente en sus creencias, mas no en su actuar: ambos representaban de la misma manera un ideal político, unas ideas de partido, una comunidad más o menos definida y unas reglas establecidas por la cultura letrada, a saber: las condiciones del sistema educativo, las de producción y circulación, las relaciones de aceptación o rechazo entre los intelectuales nacientes y los hegemónicos, y las imposiciones de un régimen político “conservador y retardatario” (2002, p. 48).

Este hecho definió al intelectual, sigue Urrego, pues tuvo que actuar en un contexto en el cual la autonomía del campo literario era poca y la determinación de la política era muy grande, así que la manera como se concibe el compromiso de los intelectuales en el caso colombiano difiere de las situaciones dadas en otros países. Su relación con la política no se efectuaba desde la especificidad de su opción vital, del especialista en su saber, sino desde la pertenencia a lo que ha dado en denominarse las “culturas políticas”; es decir, se era militante y desde allí, como

resultado del ocio que generaba la comodidad del dinero o el ejercicio de una profesión liberal, intelectual. La constitución de la autonomía del intelectual implicó, a largo plazo, una doble negación: la de los límites impuestos a la cultura por el orden conservador y la del control del bipartidismo. (pp. 48-9)

Pero, ¿cabe Londoño dentro de este panorama? Ni conservador ni liberal, ni mucho menos ingeniero o médico, Londoño parece, según la categorización de Urrego, no ser un intelectual. De formación autodidacta, escritor no muy prolífico, diplomático al servicio de múltiples gobiernos y trabajador desde la niñez, Víctor Londoño necesita de un examen detallado de su actividad vital que ayude a construir una nueva categoría que ayude a superar la ya gastada del “intelectual”. A esto se le suma esa difícilmente clasificable actitud frente al panorama político de su país que tiene como ejemplo la diferencia casi irreconciliable entre sus respuestas a la Guerra de los Mil Días y al Conflicto Colombo-peruano. ¿Cómo denominarlo? Librerías, revistas, amistades, estudios, ingresos y egresos, son datos y más datos necesarios para un estudio propicio que sobrepase los lugares comunes de la filiación política o la “profesión”.

Víctor M. Londoño es, como se ha intentado mostrar en esta monografía, una puerta de acceso a un momento clave dentro de la historia literaria colombiana. Eclipsado dentro de los estudios contemporáneos, tanto su persona como su obra ayudan a plantear preguntas a las cuales hasta el momento no se les ha hecho frente de manera sistemática y responsable. No se pretende exaltar este trabajo como el que sí lo ha hecho, pero sí como el que abre el camino y propone nuevas vías para entrar en la maraña del pasado y el archivo equipados con herramientas distintas y específicas.

Bibliografía

Arango Restrepo, S. y C. Fernández Uribe (2011). *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX*. Editorial Universidad de Antioquia: Medellín.

Deas, M. (Enero del 2000) “Reflexiones sobre la Guerra de los Mil Días”. En: *Credencial Historia*. 121. Enero del 2000. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/32506>

EnCaribe. [Página web] <http://www.encaribe.org/es/article/guillermo-andreve-icaza>

Gutiérrez Girardot, R. (2004). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Fondo de Cultura Económica: Bogotá.

Grillo, M. (1946) *Granada entreabierta*. Biblioteca popular de cultura colombiana: Bogotá.

Jiménez, D. (2009) *Historia de la crítica literaria en Colombia. 1850-1950*. Editorial Universidad Nacional: Bogotá.

Jiménez, D. (1994) *Fin de siglo. Decadencia y modernidad*. Instituto Colombiano de Cultura: Bogotá.

Londoño, V. (1937) *Obra literaria. Verso y prosa*. Imprenta Nacional: Bogotá.

Maya, R. (1961) *Los orígenes del modernismo en Colombia*. Biblioteca de autores contemporáneos: Bogotá.

Mejía Pavony, G. (2009) *Los años de cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. Pontificia Universidad Javeriana - CEJA: Bogotá.

Starkie, E. (2007) *Arthur Rimbaud. Una biografía*. Siruela: Madrid.

Trofeos (1906-1908). Directores: Víctor M. Londoño e Ismael López. Números 1-15. Tipografía de Samper-Matiz, Imprenta Eléctrica.

Urrego, M. (2002) *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Siglo del hombre – Universidad Central – DIUC: Bogotá.